



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 32.—Madrid 15 de Noviembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN



EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica universal, por D. M. Riera.—Asunto pellingudo, por Blas.—Los grabados.—Sobre la música en las iglesias.—Letras apostólicas de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.—La Universidad (conclusión).—Ruinas del convento de San Francisco de Avila, por D. J. M. Bando.—Patriotismo y abnegación, por Esteban Marcel.—Conocimientos útiles.  
GRABADOS.—Paul Lacroix (Bibliófilo Jacob).—El primer discípulo de Galileo.—El globo de los capitanes franceses Renard y Kreis.—Vista de Jerusalén desde la cumbre del monte de las Olivas.

REVISTA

**C**UANDO parecían desvanecidos los temores que la invasión cólerica nos inspiraba, vuelve á levantarse de nuevo el azote de la justicia divina para descargar sus golpes sobre París, sobre la Babilonia del mundo moderno. Ciertamente el número de los casos, según los partes oficiales, comparado con la población de París, son bien poca cosa; pero no está en esto el motivo principal de la alarma, sino en el desarrollo de la epidemia en estación tan avanzada como la presente, cuando parecía dato seguro, en medio de la incertidumbre de las leyes del cólera, que los fríos eran el mejor desinfectante contra sus miasmas pestilentes.

Este hecho viene á ser una nueva demostración de que ni la ciencia ni la experiencia saben á qué atenerse respecto del cólera, el cual, burlando todos los cálculos de los hombres, se presenta misteriosamente donde le parece, sigue el curso que se le antoja y se desvanece cuando le acomoda. Tal es la única verdad que nos consta acerca del cólera.

Al considerar la insistencia de la presente invasión, ocurre pensar si no será más que el prólogo de una gran tragedia que tendrá por escenario á toda Europa, reproduciéndose una de aquellas epidemias de que nos habla la historia que fueron azote y terror de la humanidad entera. Si el castigo de Dios ha de estar en proporción de nuestros pecados, nunca ha podido temerse como ahora una expiación que recuerde la de la humanidad antediluviana. La sociedad está henchida de iniquidad, porque toda carne ha corrompido su camino sobre la tierra.

La reaparición del cólera, las inundaciones de las provincias de Levante, la multiplicación de los crímenes más espantosos, la creciente miseria de los pobres, nada ha bastado para impedir que, á su regreso de Lisboa, la Judic haya sido objeto de una nueva ovación en el teatro de la Zarzuela.

Según nos han dicho, la noche de la función se veía llena de *personajes* y de damas aristocráticas hasta la *casuela* del teatro, habiendo costado estos asientos un ojo de la cara, porque era un delirio la ansiedad del público por oír de nuevo á la gran *artista* de los Bufos parisienses. Y si tan caros se pagaron los asientos de la *casuela*, ¿cuánto se pagaría por los palcos y butacas, que estaban atestados de espectadores?

La Judic, agradecida á tanto entusiasmo, afinó sus gracias escénicas, y de nuevo se reprodujeron en aquel escenario las escandalosas escenas del teatro francés contemporáneo, émulo de las pantomimas de los antiguos adoradores de Baco.

Llevando la tolerancia hasta el exceso, comprenderíamos que la curiosidad llevase á nuestra buena sociedad á presenciar una sola vez las representaciones escénicas de la Judic; pero á vista de su carácter lúbrico, de su fraseología licenciosa, de su inmoralidad notoria, parecía también lo natural, lo decente, lo decoroso, que no volviese á ser cómplice de tales escándalos, y que la curiosidad, dominada

por el desengaño, fuese á menos, hasta llegar á la reacción conveniente y saludable de un remordimiento público.

Pues nada de esto; las primeras representaciones fueron frías; llegó á temerse un *fiasco*, porque el público no acudía con afán ni aplaudía con entusiasmo; pero corrió la voz de que el espectáculo era de *caballería*, como ha dicho un periódico de la buena sociedad; de que la Judic era una *diva* de los Bufos de París; de que el género era de un verde subido, y el afán del público fué en aumento, el entusiasmo rayó en delirio, y la buena sociedad se postró de hinojos ante la *diva* de los Bufos parisienses.

No comentamos, sino que historiamos; ¿y qué falta hacen aquí los comentarios?

Cuando la *alta*, la *buena*, la *noble* sociedad da estos ejemplos, ¿qué queremos que sea la sociedad *baja*, la *plebeya*, la *basofia* del pueblo?

Ya se fué la Judic; para que su arte dramático siga causando efecto y provoque nuevo entusiasmo, ¿qué nos enviará París? El cólera.

\*\*\*

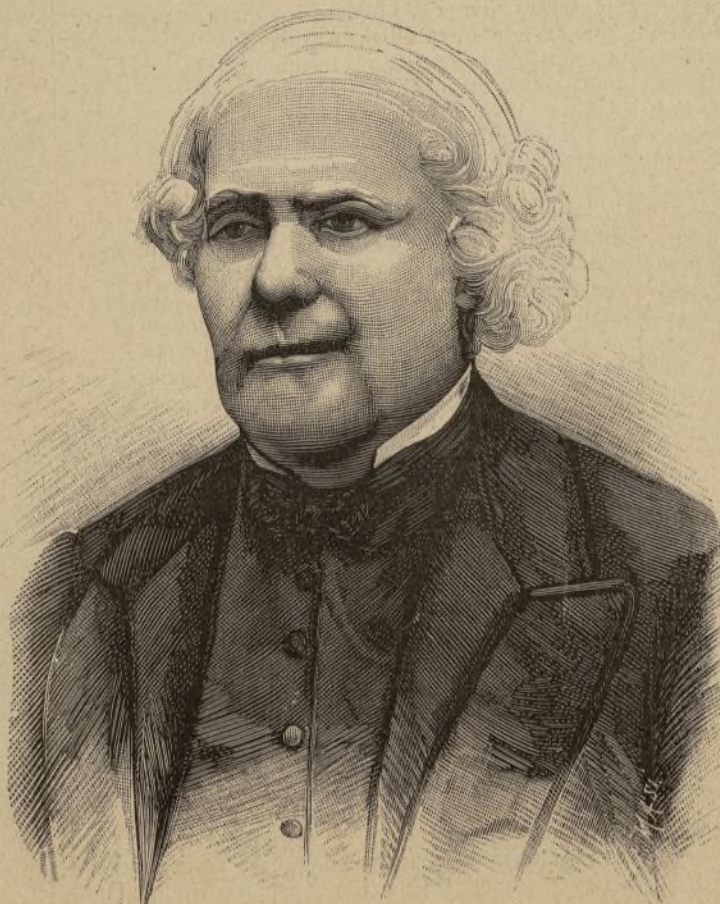
Los periódicos franceses han hablado estos días del proceso de un niño de trece años, acusado de haber asesinado á su amo por vengarse de una reprensión que éste, con justo motivo y en uso de su derecho, hubo de dirigirle. Al ser interrogado el niño sobre los móviles de su crimen, declaró que la idea de matar á su amo no nació de él, sino de la lectura de una novela intitulada *La bella Julia*, cuyo protagonista es un asesino de catorce años que llegó á ser por su arrojo un hombre poderoso y dueño de una gran fortuna.

Este hecho, que prueba una vez más los estragos de las malas lecturas, nos debe servir de norma para apreciar los estragos que causarán los espectáculos licenciosos en las costumbres privadas. Porque si el asesinato, que es un delito ruidoso, que por lo regular va siempre seguido de la persecución de la justicia, encuentra imitadores hasta en los niños, ¿qué sucederá con los ejemplos de liviandad, cuyos delitos son casi siempre secretos, que apenas nunca dan lugar á procesamientos, y cuya variedad y malicia se prestan á infames ocultaciones y misterios?

Mucho daño hacen las malas novelas, es cierto; pero aún es más eficaz el que causan los malos teatros. Y ahora preguntamos: ¿va quedando alguno bueno?

\*\*\*

Nuestras ricas provincias de Levante han vuelto á ser invadidas por las aguas, que en pocos días han causado irreparables estragos. Como puede observarse, cada vez son más frecuentes



PAUL LACROIX.

Nació el 27 de Febrero de 1806; † el 16 de Octubre último.



las inundaciones, y, siguiendo así, no estará lejos el día en que las tierras más fértiles de España se conviertan en estériles arenas.

¿Será éste un mal sin remedio? No, señor; es un mal que tiene remedio, porque las leyes de las aguas no son misteriosas como las del cólera, sino plenamente conocidas, y la industria de los hombres, que ha unido el mar Mediterráneo al mar Rojo, y que unirá pronto el Océano Atlántico al Pacífico, puede llegar á contener y desviar el curso de los ríos desbordados.

No se trata, pues, de un mal irremediable, sino de un mal de difícil remedio, lo cual es muy diferente. Cuando ocurrió la inundación célebre del día de Santa Teresa en 1880, se pensó en acometer la empresa salvadora, y, en efecto, con los muchos millones que se recaudaron, la obra, si no terminarse, podía haber recibido grande y eficaz impulso. Pero nada de eso; el dinero se gastó en levantar casas y edificios públicos, obras útiles, no lo negaremos; pero obras que, dejando en pie la causa destructora, quedaban de nuevo á merced de las aguas, que no tardarían en destruirlas y en malograr los recursos de la caridad nacional.

Con motivo de las recientes inundaciones se ha publicado en un periódico un artículo en que se demuestra que, abriendo un canal en el río Júcar, que corre entre los límites de las provincias de Valencia y Alicante, se podría fertilizar esta última, que es escásísima en aguas, y atenuar los estragos de las inundaciones en la primera, constantemente amenazada por las avenidas de este río, bastante caudaloso, como que recoge casi todas las aguas de la provincia de Cuenca. El proyecto, por lo visto, es antiguo; pero se caerá de viejo, y no se habrá dado un paso en su ejecución, á todas luces beneficiosa y fecunda.

¿De qué viene tanta incuria y tanto abandono? Muy sencillo: de que vivimos entregados en cuerpo y alma al Estado, y éste, agobiado con sus crecientes cargas, no puede ni con la que lleva á cuestas.

La iniciativa individual entre nosotros vale muy poco, y esto poco lo malogran los vicios de nuestra política absorbente, que todo quiere acapararlo para sus cortesanos y servidores.

Seguiremos, por lo tanto, lamentando los estragos de las inundaciones, sin ver asomar el remedio; antes, por el contrario, temiendo la del diluvio.

La inauguración del presente curso en el Ateneo de Madrid ha correspondido al carácter de esta corporación, verdadera olla de grillos y alacranes, donde por lo regular no se hace más que chillar en tonto ó maldecir en impío. El Sr. Moret, hombre de escásísima ciencia, si tiene alguna, hablador eterno y sempiterno, de formas tan afeminadas como su persona, que de la secretaría de una Conferencia de San Vicente de Paul pasó á la Junta revolucionaria del 68, que siendo catedrático de Hacienda entró á ser Ministro de este ramo para salir silbado, que por obra y gracia de la democracia dinástica es hoy nada menos que jefe de un partido, este caballero es en la actualidad el Presidente del Ateneo y el autor del discurso (?) inaugural leído en la sesión del 4 de los corrientes.

El tal discurso, escrito en un tono ampuloso y fosforescente, es un conjunto de desatinos de que sólo se forma idea leyéndolo; porque el autor, queriendo demostrar que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, se metió á tratar de Cosmología y ciencias naturales, y el infeliz no supo lo que se hizo; porque no es lo mismo florear un discurso político, que razonar una disertación científica y académica. A veces declarándose cristiano, á veces ufánándose de krausista, el pobre hombre ha amontonado tanto disparate, que lo mismo puede llamarse aquello un discurso académico que una ensalada rusa.

Si en el Ateneo quedase algún resto de sentido común, el Sr. Moret hubiera salido aquella noche más corrido que una mona; pero unos por tontos y otros por contemporizar, dejaron pasar la cosa sin protesta, aunque á decir verdad á nadie se le escapó que el tal discurso era un esperpento racionalista, vestido con retazos de mil colores y adornado con flores de talco y cintas de papel pegadas con engrudo.

Esto no impedirá que el Sr. Moret vuelva á ser Ministro, y que continúe siendo una *ilustración* del país. ¡Así va el mundo!

Para consolarse del fiasco de su Presidente, los ateneístas invadieron en la noche de la apertura el *restaurant*, abierto este año en aquel templo de las ciencias, y apurando buenos trozos de jamón en dulce y profundas copas de Jerez, consideraron que la base de la mejor ciencia es un plato, el mejor

instrumento científico un tenedor, el arma más poderosa de la dialéctica un cuchillo, la ciencia más fecunda la de un buen cocinero y el mejor discurso una cena abundante.

Un ateneísta muy chusco decía aquella noche: «No me gusta el ver aquí mesas de *restaurant*, porque en un establecimiento científico no hay más que un paso de estas mesas á los pesebres.»

En honor de la verdad, el Sr. Moret no tomó aquella noche más que agua con azúcar.

\*\*\*

Aunque la transición sea brusca, vamos á cerrar esta Revista llamando la atención de nuestros lectores sobre el documento pontificio que en otra parte publicamos. En él se declaran auténticas las reliquias del apóstol Santiago, halladas recientemente en Compostela, y se conmina con la indignación de Dios á los que osasen contradecir esta declaración apostólica. Después de ella Su Santidad abre el tesoro de las indulgencias de la Iglesia á la piedad de los devotos de Santiago, anunciando un jubileo general para todos los fieles de la cristiandad en obsequio del Santo Apóstol, y otro especial el día de la fiesta del año próximo venidero.

Nada falta, repetiremos con un periódico católico, á la obra sino que demos expansión á nuestros sentimientos; y al ganar las gracias que la inefable bondad de la Iglesia concede á nuestras almas, pidamos, postrados ante el sepulcro de nuestro glorioso Patrón, las que salven de nuevo á España de sus enemigos, más temibles acaso que los bárbaros, los árabes y los herejes, y les infunda aquel espíritu de fe que obra todas las maravillas que consigna la historia y aún se levantan sobre su suelo.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que ha dedicado largo y valiosos estudios al descubrimiento de las reliquias del Santo Apóstol, redactados por dos eminentes sabios, testigos en el proceso de la invención, dedicará un número especial á celebrar este triunfo, con el que debe gloriarse, no sólo la Iglesia compostelana, sino la nación española, evangelizada por Santiago.

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



El día 10 se ha celebrado el anunciado Consistorio, en que han sido creados Cardenales nuestros arzobispos de Sevilla y Valencia y preconizados los obispos de Coria y Murcia.

Su Santidad ha pronunciado una breve pero enérgica alocución, en la cual, después de lamentar de nuevo la triste situación de la Iglesia en los presentes tiempos, pondera los grandes progresos que hace la fe católica en todas las regiones del mundo, de lo que es un testimonio elocuente el Concilio nacional que celebran en estos días los Obispos de la América del Norte.

La salud de Su Santidad continúa, á Dios gracias, siendo inmejorable.

La aparición del cólera en París es el asunto que embarga la atención de Europa, y no faltan motivos para ello, pues de una parte es alarmante la insistencia con que se mantiene esta invasión, que amenaza con prolongarse hasta el verano que viene, y de otra es de considerar que París se comunica con toda Europa, ora por sus manufacturas y géneros de comercio, ora por ser el centro del movimiento social de la Europa moderna.

El Gobierno, para no agravar el rigor de las desdichas que la República ha traído sobre Francia, ha tratado hasta ahora de ocultar los estragos de la invasión; pero el mal va en aumento, y todas las precauciones administrativas no bastan á que cunda la noticia y lleve la alarma á todas las capitales de Europa, que diariamente y por horas se comunican con París. ¿Cuándo ha comenzado la invasión?

Esta es la primera duda, pues mientras el Gobierno dice que en este mes, muchos periódicos afirman que está el cólera en París desde el mes de Agosto.

Nosotros nos inclinamos á esta última aserción, por ser la más probable; lo que no se explica fácilmente, es la circunstancia de haberse desarrollado á la entrada de invierno.

Creemos inútil consignar aquí cifras, pues todos las tenemos por inciertas; lo que parece indudable es que la epidemia va en aumento, y que sólo Dios sabe hasta dónde y hasta cuándo se extenderán sus estragos.

La guerra franco-china continúa estacionada: ja-

más se ha visto una guerra más informal y anómala.

El Gobierno francés ha pedido un nuevo crédito de muchos millones para atender á las necesidades de la guerra; y aunque en definitiva las Cámaras lo concederán, el disgusto es tan grande que estos días han corrido con insistencia rumores de crisis. Por su parte el Gobierno chino también ha contratado un empréstito, porque necesita dinero para la guerra; de modo que, á juzgar por estos datos, parece indudable que la madeja no está para desenredarse, ni mucho menos.

Se dice que hoy el Gobierno francés se muestra más inclinado á las concesiones que antes, y que oficiosamente continúan las negociaciones en Londres con el marqués de Tseng, sirviendo de intermediario el conde de Granville, ministro de Negocios extranjeros de Inglaterra.

Cuando tan enredada está la madeja en China, no es de creer, como afirman algunos periódicos extranjeros, que Francia trate de provocar una guerra con Marruecos.

Harto tiene encima para pensar en nuevas aventuras.

Los republicanos, siguiendo las tradiciones del segundo Imperio, tratan de deslumbrar al mundo, que los mira con desprecio, echándoles en ojos el espectáculo de una Exposición Universal. Ya se ha publicado el decreto convocándola para el 5 de Mayo de 1889.

Parodiando lo que dicen nuestros carteles de toros, el decreto ha debido añadir: «Si los radicales lo permiten.»

Según dijimos en el número anterior, el resultado de las elecciones de Alemania ha aumentado la fuerza de los católicos en el Reichstag.

Los católicos, incluso los güelfos, han ganado ya 99 puestos, y luchan en 18 empates, aparte de los que triunfen en los distritos cuyo resultado electoral no se sabe todavía. Es, por tanto, seguro que el Centro gana ocho votos al menos, y que tendrá 116 compactos contra 397, y aún 150 si á sus votos se unen los de los polacos y los de Alsacia-Lorena.

Comentando este resultado *La Germania*, órgano del Centro católico, dice que «el partido del justo medio que deseaba Bismarck no es posible; sólo es posible, añade, una mayoría conservadora y católica».

En vista del resultado de las elecciones, se ha dicho que Bismarck disolvería las Cámaras; pero en la alta penetración del Canciller, que conoce el estado de los pueblos, no es creíble semejante determinación.

Lo que hará indudablemente será escatimar las concesiones á los católicos, y defenderse por todos los medios imaginables de la imposición de la mayoría conservadora.

Luchar cuerpo á cuerpo, imposible.

Los católicos ingleses, demostrando su gran sentido práctico, se preocupan mucho con la cuestión de enseñanza. Hace pocos días que se celebró en Londres una importante reunión promovida por la Asociación libre escolar y presidida por el cardenal Manning, arzobispo de Westminster, el cual hizo adoptar á la asamblea, y por unanimidad, la siguiente resolución:

«En nombre de la ley, de la naturaleza y de la ley del país, los padres de familia tienen un derecho imprescriptible á exigir que sus hijos sean educados conforme á sus principios religiosos y á las inspiraciones de su conciencia.»

Trasladamos estas declaraciones al famoso Morayta y comparsa, para que vean que no son sólo los Obispos españoles los que reivindicán los derechos de los padres católicos para que el Estado no les obligue á llevar á sus hijos á cátedras de corrupción.

En su día participamos á nuestros lectores que por vez primera desde la época de Jacobo II iba sentarse en la Cámara de los Lores un sacerdote católico.

Hoy podemos anunciar que el nuevo Lord ha tomado posesión del cargo de Par llevando debajo del manto, distintivo de su nueva dignidad terrenal: la humilde sotana del sacerdote católico.

El Lord, simple presbítero, se llama Petre.

En honor de la verdad, hay que añadir que toda la Cámara distinguió con su respeto y su benevolencia al nuevo Lord, católico y sacerdote.

Dentro de poco, un imponente monolito elevado en la costa de Inglaterra por el conde Granville indicará el punto donde San Agustín tuvo su primera entrevista con el rey Ethelberto. Ese punto se



halla en el camino de Ramsgate, cerca de Ebbsfleet, en la isla de Thanet. El monumento, adornado de emblemas religiosos, tendrá unos 20 pies de alto y llevará la inscripción siguiente:

*Augustinus  
Ad Ebbsfleetam in insula Thanetiana  
Post tot terrae marisque pericula  
Tandem adventus  
In hoc loco cum Ethelberto rege congressus  
Primum apud nostrates concionem habuit  
Et fidem Christianam  
Quae per totam Angliam mira celeritate diffusa  
est  
Feliciter inauguravit  
596  
Ejus rei  
Ut apud Cantianos memoria sevetur  
Hoc monumentum ponendum curavit  
George Leveson-Gower comes Granville Portum Custos  
1884.*

De Egipto no sabemos nada nuevo: la misma confusión de noticias, que no dejan ver claro.

Mientras unos presentan á Gordon ya vencido, otros aseguran que todavía se encuentra dentro de Kartum, aunque en mala situación; y mientras hay quien supone al Mahdí desalentado, hay quien le supone con 50.000 hombres, desdénando pomposos ofrecimientos del general Wolseley.

La mayoría de los telegramas que nos llegan del Cairo se inclinan á la caída de Gordon en poder del Mahdí; la cual se explica por la detención de la escuadra al pasar á la vista de Berber, por un sitio en que se habían colocado, á través de las aguas, inmensas maromas que impidieron avanzar á los barcos, los cuales fueron bombardeados hasta que se rindieron los 2.000 hombres con que Gordon había salido de Kartum.

Ahora hay esperanzas de que el Mahdí no quite la vida al audaz inglés, prefiriendo conservarle en rehenes para obtener de Inglaterra algunas importantes concesiones.

Esto es lo que se dice: la verdad estará en su lugar.

La prensa austriaca habla con elogio de un libro que está escribiendo el príncipe Rodolfo, heredero del imperio austro-húngaro. Es un libro de sus viajes escrito con gran erudición y no escaso de intención política.

Un Príncipe tan ilustrado es una gran esperanza para el Imperio.

En todas partes cuecen habas...

En la Cámara de Diputados húngaros ha ocurrido una escena cómica, que revela cómo han ganado las elecciones los liberales.

Al ir á presentar su acta un judío de la mayoría, pero judío auténtico, sacó de su bolsillo la cuenta de un banquete ofrecido á sus electores. De la cuenta resultaba que el judío en cuestión sólo en darles de comer había gastado la friolera de 2.400 florines, ó sea más de 22.000 reales.

Los Diputados de oposición quisieron invalidar el acta del generoso, aunque judío, anfitrión, pero la mayoría la aprobó por aclamación.

Las noticias del cáncer nihilista no son nada tranquilizadoras. Acaba de sentenciarse en San Petersburgo un proceso gravísimo.

El principal acusado es el coronel Aschenbener, comandante de un regimiento en la Rusia meridional. Era uno de los más peligrosos nihilistas, á causa de la propaganda que hacía en el ejército. Era al mismo tiempo una especie de inspector de esta sociedad secreta. Sus tropas y él debían pronunciarse por la revolución tan pronto como ésta estallase.

Después vienen otros tres acusados, y en primer término Vera Filipava, que ha sido el alma de todos los complots y de todos los atentados ocurridos desde 1878.

La propaganda que ha hecho en los ejércitos del Cáucaso, le dan un puesto preeminente en la historia de la revolución rusa. Desde el atentado contra Alejandro II vivía en la calle Kirochnaia, y ocultó á Soukbanof y á la regicida Sofia Perovsky. Tiene veintisiete años.

Siguen otras dos mujeres, llamadas Wolkenstein y Tebomodanova. Esta última vivía en la casa que habitaba el coronel Stschentrener, en la calle Sapernia. Hay además tres hijos de popes, y otros dos socialistas menos importantes, cuyos nombres son desconocidos.

Entre los seis oficiales, hay quienes pertenecen al

arma de artillería y quiénes á la marina. Algunos de ellos están acusados de haber ocultado á Degaieff, el asesino del coronel Soudeikive.

Los seis oficiales y dos mujeres, las llamadas Figner y Wolkenstein, han sido condenadas á muerte. Los otros acusados han sido condenados á trabajos forzados en Siberia.

Una observación se ha hecho que merece consignarse: el principal foco del nihilismo está en las comarcas del Sudoeste, donde lograron los cismáticos atraerse, ora con ofrecimientos, ora con amenazas, á buen número de católicos.

De suerte que lo que consideraron como un triunfo los elementos oficiales de San Petersburgo era para ellos una desgracia, de la que, por lo demás, no pueden quejarse, porque ellos se la han procurado.

Puede decirseles: —¿Queréis cismáticos? Pues tomad nihilistas. Y á pesar de estos escarmientos, ¿será posible que no abran los ojos los perseguidores de la Iglesia?

Elecciones de Holanda.

Las noticias de este país nos permiten asegurar que los católicos tienen motivos para estar satisfechos del resultado de las elecciones que allí últimamente tuvieron lugar. Se dice que «la conducta de los conservadores protestantes ha sido escandalosa en muchos distritos; pero que los católicos no se dejaron dominar por el desaliento, y gracias á su firmeza y á su unión los liberales experimentaron grandes y merecidas derrotas». En la Haya se espera que los escrutinios de empate darán resultados desastrosos para el partido liberal y asegurarán la existencia del actual Gobierno, en el cual, como es sabido, figuran tres católicos.

En todas partes los católicos trabajan más y con más éxito que en España.

También de Suiza hay buenas noticias.

Allí ofrece consolidarse la victoria de la política de paz y de conciliación, alcanzada por la Santidad de León XIII en sus negociaciones con aquel Gobierno federal. Los cantones que forman la diócesis de Basilea han declarado oficialmente que se adhieren al arreglo ultimado entre los delegados del Consejo federal y el Delegado apostólico, relativo al obispado de Basilea, y que reconocen por Obispo suyo á Mons. Fiala, nombrado para dicho cargo por la Santa Sede. Por su parte, el cantón de Berna, aun absteniéndose de un reconocimiento oficial, ha declarado que dejará al nuevo Obispo que ejerza libremente el cargo de su ministerio apostólico.

Algo es algo, y vale más que nada.

La elección presidencial de los Estados Unidos era para España un asunto de verdadera trascendencia.

Los candidatos eran Blaine y Cleveland. El primero filibustero decidido y gran proteccionista; el segundo, aunque no amigo de España, sostiene ideas libre-cambistas. Blaine, en seis semanas, ha recorrido 15.000 kilómetros, pronunciando cada día algunas docenas de discursos. Cleveland casi no se ha movido del Estado de Nueva York, donde desempeña el cargo de Gobernador, y ha enviado como agente electoral y representante á un señor Hendricks.

Según noticias telegráficas, Cleveland ha triunfado por muchos votos.

Con motivo de las últimas inundaciones de Levante, se ha vuelto á suscitar la cuestión de las emigraciones á la Argelia. Hé aquí una triste estadística que nos facilita *La Fraternidad* de Argel, según la cual la emigración española va en aumento.

La población de Argel, en 1866, se componía de 2.300.000 musulmanes, 122.118 franceses, 58.510 españoles, 16.655 italianos, 10.627 malteses, 5.436 alemanes, y 4.643 individuos pertenecientes á otras nacionalidades.

Según datos también oficiales, la población de Argel se compone actualmente de 2.972.579 musulmanes, 198.814 franceses, 141.420 españoles, 47.326 italianos, 17.620 malteses, 2.120 alemanes y 26.604 individuos precedentes de otras nacionalidades.

Como se ve por estos datos, el contingente de la población española de Argel es el que más ha aumentado en estos últimos dieciocho años. Los españoles, que en 1866 sólo eran 58.510, fueron ya en 1881 la friolera de 109.166, y son ahora 141.420. Es decir, que su número se ha triplicado casi en dicho período de tiempo.

¡Es triste considerar que la colonia francesa de Argel debe gran parte de la vida de que goza al considerable número de españoles que con su capi-

tal y su trabajo contribuyen poderosamente al acrecentamiento de la riqueza de aquella vasta región! ¿Tan sobrados estamos en España de brazos, y tan prósperos en el cultivo de nuestros campos?

M. RIERA.

## ASUNTO PELIAGUDO



SEÑOR,—me dijo Roque esta mañana, al entrar en mi cuarto trayéndome la peluca recién peinada—este adminículo está ya bastante deteriorado y debe Ud. ir pensando en reemplazarle.

—Cierto,—contesté tomando aquel postizo de manos de mi sirviente y examinándole en todas direcciones—algo estropeada está, pero tendrá que ir tirando durante este invierno, si Dios nos deja vivir hasta la primavera.

—¿De modo que no piensa Ud. comprar peluca nueva?

—No, Roque; ésta será la última que he de gastar.

—Pero advierta Ud. que, después de servirle en este invierno, no quedará ni medio decente para el otro.

—Así lo creo yo también; mas como no he de gastarla en ese otro invierno, poco me importa.

—¡Buena es ésta!—exclamó Roque con acento entre severo y conmovido.—¿Tan mal le tratan á Ud. en este mundo que ya prepara la maleta para irse al otro?

—No te entiendo.

—Digo que si desea Ud. morir antes de que éntre el invierno venidero.

—No por cierto; no deseo la muerte, que vendrá cuando Dios quiera, y entonces la aceptaré con resignación cristiana. Entre tanto, viva la gallina y viva con su pepita.

—Con su peluca, debió Ud. decir.

—¡Dale con la peluca! Ya te he dicho que ésta será la última.

—¡Ah! Ya lo voy entendiendo; el señor se propone, sin duda, dejar de gastarla.

—Precisamente; has dado en el *quid*... Por ese rasgo de agudeza te has hecho acreedor á que te la regale allá para el mes de Mayo.

—Muchas gracias; ya sabe Ud. que, á pesar de mi calva, nunca he querido usar ese adefesio... ¡Ay! Señor, perdóneme Ud. esta involuntaria falta de respeto... Lo he dicho sin pensar.

—Quien debe perdonarte es la peluca, á la que has agraviado.

—Se me escapó la frase involuntariamente.

—*Ex abundantia cordis, loquitur os.*

—¿Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir que me has estado engañando muchos años pretendiendo hacerme creer que me sentaba bien la peluca, y ahora mismo me aconsejabas solapadamente que gastase doce ó quince duros en adquirir... ¿qué?

—Una peluca nueva.

—Es decir, un *adefesio* nuevo.

—Pero si yo no quise decir eso...

—Pero lo dijiste; y lo dijiste porque así lo sentías, é hiciste muy bien en decirlo, porque no se debe ocultar lo que se siente, á menos que el decirlo constituya una verdadera falta de respeto, que no existe en el caso presente.

—Puesto que el señor me ha perdonado esta impertinencia, confesaré que nunca me han gustado las pelucas, y que el único servicio que hago en esta casa á regañadientes es el de cuidarlas y peinarlas.

—Pues mira, Roque; lo que á mí me parece extraño es que, teniendo talaversión á las pelucas, busques y encuentres tantas ocasiones de merecerlas.

—Eso lo dirá Ud. por las pelucas que me echa con tanta frecuencia.

—Por eso lo digo; demasiado sabes que si la peluca que ahora me traes está algo deficiente de pelo, en cambio yo no tengo pelos en la lengua para echarte á docenas las pelucas sobre las calvas de tu entendimiento. Y lo peor de todo es que no consigo abrigártelo contra los inclemencias de tu charlatanería.

—Bien está, señor; pero volviendo al asunto capital, ¿persiste Ud. en renunciar á la peluca?

—Persisto.

—Hace Ud. perfectamente; y para abrigarse la cabeza en la época de los fríos bastará con un gorro de seda, sobre el cual puede ponerse el sombrero para ir á paseo. Esto es lo que yo hago, y así me evito ir mintiendo por la calle.

—¿Mintiendo? Explícame eso.

—Usted mismo lo dijo en cierta ocasión, aludiendo á toda clase de postizos. El que es calvo por obra de los años ó de otra causa cualquiera y se



planta una cabellera artificial, va diciendo á todo el que le ve: «este magnífico pelo es mío», con lo cual pretende engañar á la gente.

— Lo que dices no siempre es exacto, porque no todos los que usan peluca lo hacen por aparentar que tiene pelo natural, sino porque no quieren constiparse ó por no dar lugar á burlas y chanzonetas sobre su calvicie. Por otra parte, ninguna ley divina ni humana prohíbe suplir las faltas de la naturaleza cuando puede hacerse sin ofender á la decencia ó sin llamar la atención de una manera ridícula.

— Pues yo creía que el fingir cualidades físicas ó morales que no se tienen es contrario á aquel principio que Ud. me ha recordado tantas veces al echarme las consabidas pelucas: «Lo que no quieras para tí, no quieras para otro».

— ¿Y qué aplicación pretendes hacer de ese aforismo moral al caso presente?

— Está bien claro: ¿le gustaría á doña Bibiana, por ejemplo, la vecina del cuarto tercero, que se la presentasen tres ó cuatro novios y la engañasen todos?

— Supongo que no la agradaría, por muchos deseos que tenga de contraer segundas nupcias; pero no adivino adónde vas á parar con esa comparación.

— Voy á parar á que esa señora, viuda, con todos los dientes postizos, con el pelo teñido, adobadas las mejillas, pintados los labios, algodónado el seno, oprimido el talle y encartonada en forma de cúpula monumental aquella parte del cuerpo que cae á la espalda, pero que no es la espalda; esa señora, digo, sale á la calle y se presenta en sociedad fingiendo cosas que no tiene, con la sana intención de pescar marido.

— Todavía no acierto á qué conclusión pretendes subir por esas escabrosidades en que te has metido.

— Pues es muy sencillo: que doña Bibiana no está tan sobrada de principios morales como de polvos de arroz cuando quiere engañar á los novios, y luego pone el grito en el cielo si los novios la engañan á ella.

— No hay que exagerar las cosas, amigo Roque; esas estratagemas de la coquetería femenina no pueden aplaudirse, es cierto, pero tampoco constituyen una grave ofensa contra la moral. Además de que bastante castigo llevan en sí mismas, porque quitan á la persona que las emplea una gran parte de respetabilidad, haciéndola objeto de risa y asunto de murmuración.

— No soy tan zote, señor, que no comprenda que las mujeres quieran parecer bien para agradar á los hombres que no las parecen mal. Transijo con que se pongan dentaduras artificiales cuando se las han caído los dientes de puro morder á las que antes que ellas usaron dientes postizos...

— ¡Eh! Cuidadito, Roque, que te vas escurriendo.

— Lo que no me explico es que se pongan otros postizos donde no hay nada que suplir á la naturaleza.

— No te entiendo.

— Por ejemplo, ¿qué diríamos de una mujer que se pusiese dientes artificiales en los ojos, ó se tiñese de negro los labios, ó se presentase en paseo con bigotes postizos?

— ¡Vaya unas hipótesis extravagantes! Diríamos que esa mujer estaba loca ó, cuando menos, que se proponía hacer payasadas para llamar la atención.

— Justamente, porque la naturaleza no ha hecho ojos con dientes, ni labios de ébano en vez de coral, ni ha dado bigotes á las mujeres, salvo rarísimas excepciones como la señora Emerenciana, la tramera, que parece un gastador, siendo así que el verdadero gastador es su marido, que gasta por el día el producto de lo que ella recoge por la noche...

— Pero, hombre, que te vas por los cerros de Úbeda.

— Perdón, señor; en fuerza de leer los artículos que Ud. escribe, se me va pegando algo de las digresiones...

— Eso se llama meterse en camisa de once varas, señor Roque, y yo no le he dado á Ud. permiso para tanto.

— Es claro, como yo hablo á la patallana y sólo sé llamar á las cosas por su nombre, sin disfrazarlas como Ud...

— Ya te vas enmendando.

— Bien está, señor; echemos pelillos á la mar, y permítame que acabe de explicarme.

— Si aciertas, no será poco.

— Me meteré de rondón en el asunto para no divagar como Ud...

— ¡Otra vez!

— Como Ud. dice, señor... Si no le deja Ud. á uno concluir... Doy de barato, por más que en las tiendas resulte algo caro, que los dientes, las pelucas, los cutis, los ojos y aun los miembros artificiales vengan á llenar un vacío de la naturaleza, á ocultar defectos y á disimular deformidades corporales,

en una palabra, á aparentar lo que *no hay y debería haber*; pero ¿quiere Ud. decirme qué papel desempeña en esta farsa social el enorme bulto que llevan las mujeres en la parte posterior del cuerpo donde termina la columna vertebral?

— Creo, Roque, que te vas metiendo demasiado en honduras.

— En todo caso, no será en honduras, sino en cerros y montes; que tal efecto me hacen esas prominencias tan ridículamente exageradas. Aquí sí que no hay escape: no se puede alegar que tales postizos se hayan inventado para suplir faltas de la naturaleza.

— Los hombres no entendemos de esas cosas. Cuando las mujeres han adoptado semejante moda, será porque se figuran que las favorece.

— No es posible, señor; demasiado deben conocer que esas protuberancias les dan un aspecto horrible; al fin y al cabo representan una joroba falsificada, puesta por equivocación cuatro ó seis dedos más abajo del sitio en que ordinariamente coloca la naturaleza sus jorobas auténticas.

— No te des de calabazadas por lo que no te importa; si á ellas les gusta, poco importa que no te gusten á tí.

— Ea, señor, que no puedo creer que les guste pasar plaza de contrahechas. No conoce Ud. á las mujeres.

— En eso no vas muy descaminado; desde que empecé á tener uso de razón leí en no sé qué libro que la mujer es la mitad más hermosa del género humano, y lo creí sin discutirlo, porque me costaba menos trabajo el creerlo que el averiguarlo. No sé más de las mujeres.

— Pues yo sé que á esa mitad del género humano podrá gustarle jorobar á la otra mitad, pero lo que es tener jorobas... *nequaquam*.

— Mira, Roque, te he dejado de propósito decir todos los despropósitos que se te han venido á la boca, con la necia esperanza de que podría sacar de tu charla algo en limpio para mis fines particulares.

— Ya lo voy entendiendo; el señor quería hoy, como en otras ocasiones, aprovecharse de mi conversación para echar una peluca á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

— ¡Yo echar pelucas al público! ¿Sabes lo que te dices, desvergonzado?

— Sé lo que me digo, si señor, sino que Ud. todo lo echa á mala parte. Así como la peluca viste de pelo ajeno la cabeza, así los artículos en que me ha sacado Ud. al público vienen á ser especie de pelucas literarias, fabricadas con pelo de mi entendimiento, más ó menos zaño, y que Ud. enseña á los suscritores como si fuese pelo propio.

— Pues, hijo mío, lo que es por esta vez me he llevado chasco, porque el pelo que te he trasquilado en esta conferencia es un verdadero pelo de la dehesa.

— Muchas gracias, señor; pero más de una vez me ha dicho Ud. que no tenía pelo de tonto.

— Sería por engañarte, como tú cuando me decías que me sentaba bien la peluca.

— Está visto que en este mundo todas son pelucas, es decir, todo es apariencia y mentira.

— En este mundo hay pelucas raquílicas y hay cabelleras espléndidas; es necesario saberlas distinguir y dar á cada una su valor... Ea, ahora colócame mi peluca, buena ó mala, que voy sintiendo frío en la cabeza, y puedes retirarte á tus quehaceres... Siento haber perdido el tiempo en escuchar tonterías, mientras podría haber cumplido mi obligación...

— ¡Bah! Si Ud. fuera más tolerante conmigo, saldría Ud. del paso en media hora y se quitaría un cuidado de encima.

— ¿De qué modo?

— Como en otras ocasiones y como hacen otros muchos escritores: contándole al público las cosas que no le importan.

— Harto he abusado de él, querido Roque, y lo que es por esta vez no me atrevo á aceptar tu colaboración. Además de que hasta me costaría trabajo recordar las simplezas que me has dicho y me has obligado á decir.

— Pues yo me acuerdo de todas sin faltar una coma.

— ¿De veras?

— Como Ud. lo oye.

— Pues en tal caso escucha... pero no se lo digas á nadie.

— Seré mudo como una peluca.

— Enciértrate en tu cuarto, llévate esas cuartillas, la pluma y el tintero, y no hablemos más del asunto.

— Pero ¿qué haré con estos avíos de escribir?

— Tú lo has dicho: escribir lo que hemos hablado en este rato.

— ¿Y luego?

— Enviarlo á la imprenta... Pero cuidado con que digas una palabra á nadie.

— ¡Ay, señor! Este es ya un compromiso muy grave...

— Acabemos, ¿te atreves ó no á hacerlo?

— ¡A Roma por todo! Me atrevo.

— Pues está dicho; escribe lo que hemos hablado, y cuando llegues á la cuartilla 18 ó 19, allí lo dejas y *laus Deo*.

— Está bien, señor; hasta luego.

— Oye... no te olvides de poner debajo:

BLAS.

## LOS GRABADOS

PAUL LACROIX (BIBLIÓFILO JACOB)

Mal que pese á los impíos, los hombres que más valen en ciencias, en literatura y en artes, son católicos. En tres números consecutivos hemos publicado los retratos de tres sabios franceses de primer orden que acaban de bajar al sepulcro, y los tres han sido y han muerto buenos cristianos.

Esta supremacía de los sabios católicos, es un glorioso privilegio de la verdad. Los impíos no necesitan saber mucho para negarlo todo.

Al arqueólogo Lenormand, gloria de la Arqueología moderna; al químico Dumas, gloria de la Química, sucede hoy el nombre de Paul Lacroix, eminente escritor y bibliófilo.

Nació este distinguido literato francés el 27 de Febrero de 1806.

Entró en el Colegio de Borbón, y fueron tales sus progresos que, sentándose aún en los bancos de las aulas, publicó una edición anotada de las obras de Clemente Marot (1824). Sus aficiones literarias le inclinaron en un principio hacia la poesía y el teatro: obtuvo muchos premios en varios certámenes académicos; pero no publicó nunca ninguna colección de sus poesías. De sus obras dramáticas, sólo se representó *La Prison de Pompeia*. Por este tiempo escribía en los periódicos sobre teatros y literatura ligera. Fué uno de los primeros redactores de *El Figaro* desde 1825 á 1828. Colaboraba además con Amadeo Pichot en *Le Mercure du XIX<sup>e</sup> Siècle* y con Enrique Martín en *Le Gastronomie*.

Adoptó el pseudónimo de *Bibliófilo Jacob* cuando en 1829 publicó las *Soirées de Walter Scott*, cuyo éxito decidió de su vocación. Durante quince años no fué más que novelista.

Por sus trabajos literarios obtuvo una reputación universal de bibliógrafo, y para justificarla bastaría citar las siguientes obras, entre otras muchas:

*Dissertations sur quelques points curieux de l'Histoire de France; Catalogue raisonné de la Bibliothèque dramatique de M. de Solenne; Dissertations bibliographiques; Enigmes et Découvertes bibliographiques; Bibliographie moliéresque*, etc.

En 1836 fué nombrado Caballero de la Legión de Honor, y Oficial en 1860. Conservador de la Biblioteca del Arsenal desde 1855, hizo el Catálogo descriptivo de los manuscritos de esta Biblioteca famosa, que tantos y tan importantes servicios ha prestado á la ciencia y á la historia.

No mencionaremos aquí más que un pequeño número de sus obras; la fecundidad admirable de este escritor tan formal y erudito, era proverbial. Cuatro páginas no bastarían para la enumeración de todos sus libros.

Citaremos, según se vienen á la pluma, las siguientes novelas históricas:

*Les deux Fous, le Roi des Ribauds, la Danse Macabre, les Francs-Taupins, la Folle d'Orléans, Pignerol, le Comte de Vermandois*, etc.

Entre sus obras históricas:

*L'Homme au Masque de Fer, la Histoire de Soissons* (en colaboración de Henri Martin), *la Histoire de la Restauration et du règne de Louis-Philippe, la Histoire de l'Empereur Nicolas I<sup>er</sup>, Louis XII et Anne de Bretagne*, etc.

Había publicado, en colaboración de Fernando Seré, la magnífica obra intitulada: *Le Moyen Age et la Renaissance*. Publicó él solo, con el concurso de la casa Fermin Didot, ocho volúmenes en 4.<sup>o</sup> adornados con muchos miles de grabados en madera y de cromolitografías sobre la historia de las costumbres, trajes, instituciones, ciencias, letras y artes en Francia, á partir del siglo V hasta 1789.

Paul Lacroix ha muerto el 10 de Octubre último.

Buen cristiano toda su vida, ha muerto como había vivido.

## EL PRIMER DISCÍPULO DE GALILEO

A pesar de la falta de estímulos y de elementos con que luchan los jóvenes artistas en Méjico, no faltan de vez en cuando algunos que logran arribar á las playas de la nombradía y de la gloria. Entre éstos ha de contarse el señor D. Félix Parra, cuya segunda obra, en el orden cronológico, es la que reproduce nuestro grabado. Ella sola bastaría para colocarle en honrosísimo lugar entre los afamados pintores de Europa.

Este cuadro revela, en efecto, una inspiración feliz y vigorosa, un estudio atento del dibujo y del colorido, y una elección atinada y digna de un genio noble y cristiano. Galileo, sentado con la reposada majestad del maestro, tiene en una mano el compás de proporción que él inventó, é indica sobre una esfera celeste la posición de los astros y el fundamento de las teorías astronómicas de Copérnico. El religioso que le escucha demuestra una atención exquisita, propia del hombre de estudio, y revela en su fisonomía la demacración causada por las penitencias y vigiliias prolongadas.

El Sr. Parra ha sabido interpretar fielmente en su obra la verdad histórica, sin caer en las mentiras y calumnias de los ignorantes que suponen á Galileo en oposición y lucha con



la Iglesia. En este cuadro se asocian, como en la realidad, la razón y la fe, la religión y la ciencia.

EL GLOBO DE LOS CAPITANES FRANCESES RENARD Y KRELS

Nuestros lectores están ya muy al corriente de cuanto se ha escrito acerca de esta cuestión. Sólo tenemos que añadir aquí que el día 9 del corriente, según nos ha comunicado el telégrafo, los famosos aeronautas han hecho la tercera ascensión. Se elevaron saliendo de Meudón en dirección de Villaucourt, desde donde regresaron al punto de partida después de una excursión de 45 minutos.

Los resultados han sido muy satisfactorios. El telégrafo, con su proverbial laconismo, añadía: «Queda demostrado el descubrimiento de la dirección de los globos.»

VISTA DE JERUSALÉN DESDE LA CUMBRE DEL MONTE DE LAS OLIVAS

Es el más bello punto de vista para contemplar en conjunto la Ciudad Santa. Además es un punto mil veces santificado por los pasos y por las enseñanzas de Jesús, que le humedeció con sus lágrimas, con sus sudores y con su sangre, y que le escogió para subir de este mundo al Padre.

No lejos del sitio, y, según piensan algunos historiadores, en el mismo lugar donde el Salvador de los hombres lloró sobre la ciudad deicida, se presentó Tito por primera vez; prodigiosa aunque terrible coincidencia! ante los muros de Jerusalén, como instrumento de las venganzas divinas.

Todos los viajeros ponderan el panorama que desde allí se descubre, que en la dirección de la ciudad es el que representa fielmente nuestro grabado. Esta vista fue la que contempló nuestro divino Salvador tantas veces, mirando compasivo y triste el cuadro de aquella ciudad donde debía obrarse, por su Pasión y muerte, el misterio adorable de la Redención de los hombres.

¿No es éste bastante motivo para que la miremos nosotros con el más vivo interés y con la veneración más profunda?

## SOBRE LA MÚSICA EN LAS IGLESIAS



La siguiente circular, con fecha del 24 de Septiembre de 1884 y el reglamento que la acompaña, han sido dirigidos á los obispos de Italia por la secretaria de la Sagrada Congregación de Ritos.

La circular y el reglamento son notabilísimos y oportunos, y pueden tener grande aplicación á España:

«Monseñor:

«A fin de poner remedio eficaz á los graves abusos que se han introducido en la música sagrada de diversas iglesias de Italia, se ha redactado un reglamento, anejo á la presente carta circular. Este reglamento, por el celo de la Sociedad de Santa Cecilia, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, ha sido ya aplicado en las archidiócesis de Nápoles, Milán y otras partes, habiendo merecido la completa aprobación del Sumo Pontífice.

«Al ponerlo en conocimiento de Vuestra Grandeza, os ruego que procuréis que las reglas contenidas en este documento sean consideradas en las iglesias de vuestra diócesis como utilísimas para mantener en su majestad y santidad una parte tan importante de la liturgia, desterrando las melodías inconvenientes y profanas.

«En la confianza de que Vuestra Grandeza, en su prudente y pastoral solicitud, trabajará por que sean puestas en práctica en la diócesis que le está confiada las prescripciones de este reglamento, me ofrezco con el mayor gusto, etc.—LORENZO SALVIATI, Secretario de la Congregación de Ritos.»

Hé aquí el reglamento anejo á esta carta circular:

§ I. — Reglas generales para la música sagrada figurada, vocal, instrumental, permitida ó prohibida en la iglesia.

«Art. 1.º La música vocal *figurada* permitida en la iglesia, es únicamente aquella cuyos cantos graves y piadosos convienen á la casa del Señor y á las divinas alabanzas, y sirven, siguiendo el sentido de la palabra sagrada, para excitar á los fieles á la devoción. La composición de la música vocal en forma *figurada* se ajustará á estos principios, aunque sea acompañada del órgano y otros instrumentos.

«Art. 2.º La música *figurada* de órgano debe responder al carácter ligado, armónico y grave de este instrumento. La música instrumental debe sostener noblemente el canto y no ahogarle con el ruido. Los intermedios originales de órgano y de orquesta, deben siempre corresponder á la seriedad de la sagrada liturgia.

«Art. 3.º La lengua propia de nuestra Iglesia es la latina, y ésta es la única lengua que debe ser empleada en la composición musical sagrada *figurada*. Los *motetes* se compondrán con letra tomada de la Escritura, el Breviario, el Misal romano, los him-

1 Esta palabra se emplea como en oposición al *canto llano*.

nos de Santo Tomás de Aquino ó de otro Santo Doctor, ó de otros himnos y oraciones aprobados y usados por la Iglesia.

«Art. 4.º La música vocal é instrumental prohibida por la Iglesia es la que, por su tipo ó por la forma que reviste, tiende á distraer al auditorio en la casa de oración.

§ II. — Prohibiciones especiales para la música vocal en la iglesia.

«Art. 5.º Se prohíbe expresamente en la iglesia toda música vocal compuesta sobre motivos ó reminiscencias teatrales ó profanas, y aquella que sea compuesta en formas demasiado ligeras ó muelles, como las *cavatinas* ó los recitados demasiado vivos á la manera teatral, etc., etc. Se permiten los *solos*, los *duos* y los *trios* con tal que tengan el carácter de la melodía sagrada y estén ligados al conjunto de la composición.

«Art. 6.º Se prohíbe toda música en que las palabras del texto sagrado se omitan aun en la más mínima parte, traspuestas, cortadas ó demasiado repetidas ó poco inteligibles.

«Art. 7.º Está prohibido dividir en trozos demasiado separados los versículos del texto sagrado en el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, etc., á costa de la unidad del conjunto, así como omitir ó precipitar el canto de ciertas partes del oficio, tales como las respuestas al oficiante, el *Introito*, *Sequentia*, el *Sanctus*, el *Benedictus* y el *Agnus* en la misa, los *Salmos*, las *Antifonas*, el *himno* y el *Magnificat* en las Vísperas. Sin embargo, la omisión del *Gradual*, del *Tracto*, del *Ofertorio* y de la *Comunión* en circunstancias particulares, por ejemplo por falta de voces, está tolerada siendo suplida por el órgano.

«Art. 8.º Está prohibido mezclar desordenadamente el canto *figurado* y el canto llano. Por consiguiente, se prohíbe hacer lo que se llama *puntos musicales* (puntos de órgano) en la *Pasión*, donde debe seguirse escrupulosamente el oficio litúrgico. Se permite únicamente las respuestas de la muchedumbre en música polífona, bajo el modelo de la escuela romana, particularmente de Palestrina.

«Art. 9.º Prohíbese todo canto que prolongue los oficios divinos más allá de los límites prescritos, el medio día para la santa misa, el *Angelus* para las Vísperas y la bendición, excepto en las iglesias que gozan de privilegios y costumbres no reprobados, en que los oficios pueden extenderse más allá de las horas mencionadas, sujetándose á la decisión del Ordinario.

«Art. 10.º Prohíbese también el uso de ciertas inflexiones de voz demasiado afectadas, así como hacer mucho ruido con la batuta y el dar órdenes á los ejecutantes, volver la espalda al altar, hablar ó hacer cualquier otra cosa impropia del lugar santo. Sería de desear que la tribuna del canto no fuese construida sobre la puerta principal del templo, y que los ejecutantes no estuviesen á la vista del público, á ser posible, según lo regulará en su prudencia el Rmo. Ordinario.

§ III. — Prohibiciones especiales para la música orgánica é instrumental en la iglesia.

«Art. 11.º Está severamente prohibido ejecutar en la iglesia ni la más pequeña parte de una reminiscencia de obra teatral, trozos de baile de cualquier especie, como *polka*, *vals*, *mazurka*, *minué*, *schotis*, *varsoviana*, *quadrille*, *galop*, *contradanza*, *polonesa*, etcétera; trozos profanos, etcétera, como *himnos nacionales*, *cantos populares*, *amorosos* ó *bufones*, *romanzas*, etcétera.

«Art. 12.º Se prohíben los instrumentos demasiado ruidosos, como tambores, cajas, timbales y otros, así como los instrumentos propios de los artistas foráneos y el *piano forte*. Las trompetas, sin embargo, las flautas, los timbales y otros instrumentos de esta especie que se usaron en el pueblo de Israel para acompañar las alabanzas al Señor, los cánticos y salmos de David, se permiten á condición de que se usen con moderación y habilidad, especialmente en el *Tantum ergo* y en la *Bendición* con el Santísimo.

«Art. 13.º Se prohíbe improvisar á *fantasia*, como suele decirse, en el órgano á aquellos que no saben hacerlo convenientemente, es decir, de manera que respeten, no sólo las reglas del arte musical, sino las que protegen la piedad de los fieles.

«Art. 14.º Deben observarse en la composición las reglas siguientes:

«Que el *Gloria* no se divida en muchas partes separadas con *solos* á la manera dramática. Que el *Credo* sea también compuesto todo seguido, y si se divide en trozos concertantes, éstos han de estar dispuestos de suerte que formen un todo perfectamente unido. Que se eviten en lo posible los *solos*, las cadencias teatrales con alardes de voz, por no decir gritos, que distraen á los fieles de su devoción.

Y sobre todo que se cuide de conservar las palabras en el orden que ocupan en el texto sin interversión.

§ IV. — Reglas para impedir los abusos de la música en la iglesia.

«Art. 15.º Toda iglesia deberá estar provista, en lo posible, de un repertorio conveniente de música, de canto y de órgano, adaptado á las exigencias de las funciones sagradas ó de su capilla musical propia, tales como el *Repertorio parroquial del organista* y el *Repertorio práctico de música sagrada* publicados por la *Asociación de Santa Cecilia* de Milán. Bien entendido que estas publicaciones y otras semejantes son recomendadas pero no impuestas con exclusión de las que pudieran escribirse y publicarse por otros editores con el consentimiento de sus Ordinarios respectivos, conformándose á los principios del presente reglamento.

«Art. 16.º Toda iglesia que quiera hacer una elección conveniente entre las diversas publicaciones de música sagrada, buenas ó malas, que constantemente se editan, podrá proveerse del *Catálogo general* de música sagrada que se publicará por la *Asociación* susodicha en conformidad con las reglas aprobadas por la Santa Sede, ó del *Catálogo* publicado por cualquiera otra casa que se conforme á las mismas reglas. Aquí también el *Catálogo general* mencionado se indica, pero no se impone *ad exclusionem*, como se ha dicho más arriba.

«Art. 17.º Además del repertorio de la música sagrada editada, se permite también el de la música manuscrita, tal como se conserva en las diversas iglesias y capillas y otros institutos eclesiásticos, con tal que se elijan por una Comisión especial intitulada *de Santa Cecilia*, que deberá fundarse en todas las diócesis, teniendo á su cabeza al *inspector diocesano de la música sagrada*, bajo la dependencia inmediata de los Ordinarios.

«Art. 18.º No se permitirá, pues, en las iglesias más que la ejecución de los trozos editados é inéditos que, catalogados en el *Índice repertorio diocesano*, lleven la contrasena, el timbre y el Visto bueno de la *Comisión de Santa Cecilia* y de su inspector presidente, el cual, de acuerdo con la Comisión, y siempre bajo la dependencia del Ordinario, sin perjuicio de los superiores locales, podrán velar hasta sobre la ejecución, examinar en la sacristía las piezas ejecutadas ó que van á ejecutarse, ver si están sujetas á las reglas y á los papeles aprobados por la señal, el timbre y el Visto Bueno, pudiendo dar de todo cuenta al Ordinario y aplicar, si es necesario, medidas enérgicas contra los transgresores.

«Art. 19.º Los organistas y los maestros de capilla procurarán ejecutar lo mejor que puedan la música catalogada en este repertorio. Podrán asimismo emplear su saber en enriquecerlo con nuevas composiciones, siempre que se conformen con las reglas establecidas, de las que nadie podrá dispensarse. Los mismos individuos de la Comisión se sujetarán á la revisión mutua de sus trabajos.

«Art. 20.º Se confía á todos los curas y rectores de iglesia la ejecución del *Índice-repertorio* de música sagrada reunido por la *Comisión de Santa Cecilia* y aprobado por el Ordinario, bajo pena de ser llamado al orden por éste en caso de transgresión. Este *Índice-repertorio* podrá ser aumentado sucesivamente con nuevas composiciones.

«Art. 21.º Las referidas Comisiones serán compuestas de eclesiásticos, y también de seglares expertos en asuntos musicales y animados de un espíritu profundamente católico. El *inspector diocesano* será siempre eclesiástico. El nombramiento y la institución de todos los individuos pertenece de derecho á los Ordinarios diocesanos.

§ V. — Disposiciones para el mejoramiento futuro de la música sagrada y de las escuelas.

«Art. 22.º Para preparar el mejor porvenir de la música sagrada en Italia, sería conveniente que los Reverendísimos Ordinarios pudiesen fundar y perfeccionar, si es que existen en sus institutos eclesiásticos, y singularmente en los Seminarios, las escuelas de música *figurada*, según los métodos más perfectos, y autorizados. A este efecto, sería oportuno que en los principales centros de la Península se abriesen escuelas especiales de música sagrada para formar buenos sochantres, organistas y maestros de capilla, como se ha hecho en Milán.

«Art. 23.º El presente reglamento será enviado á todos los Rmos. Ordinarios, que lo comunicarán al clero, á los organistas y maestros de capilla de sus diócesis respectivas, y será puesto en vigor un mes después de la comunicación del Ordinario.

«Este reglamento se fijará en un cuadro en la iglesia cerca del lugar del organista, á fin de que no sea nunca ni por ningún motivo quebrantado.»





## LETRAS APOSTÓLICAS

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII POR LAS QUE SE CONFIRMA EL JUICIO DEL CARDENAL ARZOBISPO DE COMPOSTELA ACERCA DE LA IDENTIDAD DE LOS CUERPOS DE SANTIAGO EL MAYOR Y DE SUS DISCÍPULOS SAN ATANASIO Y SAN TEODORO.

*León XIII Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria.*

**D**ios todopoderoso, que es admirable en sus Santos, ha dispuesto en su providencia que mientras sus almas, admitidas en el cielo, gozaban de las eternas alegrías, sus cuerpos enterrados fuesen venerados por los hombres con un respeto especial y honrados con el esplendor de la Religión. En esto brillan, sin duda, la providencia y la misericordia de Dios, que permitiendo, gracias á ellos, muchas maravillas divinas, proveen á un tiempo á nuestra utilidad y á la gloria que sus Santos alcanzaron en el mundo.

Estas reliquias de los bienaventurados del cielo que están con nosotros, siempre que las vemos nos recuerdan la admirable y brillante serie de virtudes por las que, durante su vida mortal, han sido hermosos modelos de sus semejantes y nos impelen vivamente á imitarles.

Según atestigua San Juan Damasceno, los cuerpos de los Santos son en la Iglesia como fuentes por donde se derraman sobre el pueblo cristiano, como arroyos fecundantes, los dones celestiales, los beneficios y toda especie de gracias de que tenemos necesidad.

Así no es extraño que, por inspiración de la divina Providencia, algunos cuerpos de Santos que estuvieron perdidos en el olvido de la posteridad como si fuera en tinieblas, han sido devueltos á la luz, sobre todo en los tiempos en que la Iglesia es asaltada por las tempestades y en que los cristianos hán menester de más vivo aguijón para la práctica de la virtud.

Al fin de nuestro siglo, cuando el poder de las tinieblas ha declarado una guerra muy salvaje contra el Señor y contra Cristo, se han encontrado bajo favorables auspicios, y por la voluntad divina, los restos de San Francisco de Asís, de Santa Clara, la virgen legisladora, de San Ambrosio, Pontífice y Doctor, de los mártires Gervasio y Protasio, y de los apóstoles Felipe y Santiago. Es preciso añadir á este número el de Santiago el Mayor, Apóstol, y de sus discípulos Atanasio y Teodoro, cuyos cuerpos acaban de ser hallados en la iglesia principal de la ciudad de Compostela.

Por testimonio constante y universal desde los tiempos apostólicos, se ha conservado la tradición, confirmada por documentos públicos de nuestros predecesores, que el cuerpo de Santiago, después que sufrió el martirio, después de la condenación á muerte hecha por el rey Herodes, fué recogido secretamente por dos de sus discípulos, Atanasio y Teodoro.



EL PRIMER DISCÍPULO DE GALILIO. — Cuadro del artista mejicano D. Félix Parra.

Temiendo éstos que fuesen destruidas las reliquias del Santo Apóstol si los judíos se apoderaban del cuerpo, lo embarcaron en un buque, lo sacaron de Judea, y después de un viaje feliz arribaron á España, recorrieron sus costas y tocaron en las de Galicia, donde, según antigua y piadosa tradición, después de la Ascensión de Jesucristo al cielo había Santiago ejercitado el ministerio apostólico. Allí, cuando llegaron á la ciudad española de *Iria Flavia*, resolvieron permanecer en un pequeño predio, donde enterraron en una cripta abierta en la roca, y en una tumba hecha á la usanza romana, los mortales despojos del Apóstol que habían llevado consigo, elevando encima una capillita.

Cuando Atanasio y Teodoro llegaron al término de su vida y pagaron su deuda á la naturaleza, los cristianos de la comarca, por su veneración á ambos, y á fin de que no estuviesen separados, después de morir, del cuerpo que cuidadosamente habían conservado durante su vida, los sepultaron en la tumba,

cada cual á un lado del Apóstol. Poco después, los cristianos padecieron persecución y muerte por todas partes donde se extendía la dominación de los Emperadores romanos, y el sagrado hipógeo permaneció oculto durante algún tiempo.

Pero desde que renació la tranquilidad entre los españoles, que honraban á Santiago con especial veneración, se extendió el rumor relativo al traslado del cuerpo, y se comenzó á visitar en masa el lugar de su sepultura con un fervor piadoso igual al que llevaba á Roma y otros puntos á multitud de fieles cerca de los sepulcros de los Príncipes de los Apóstoles y de los cementerios de los santos mártires. Con el transcurso de los tiempos, los bárbaros primero, los árabes después bajo el mando de Muza, invadieron á España y la devastaron varias veces, principalmente aquellas regiones próximas al mar, y el recinto sagrado del sepulcro, después de la destrucción de la capilla, permaneció oculto bajo las ruinas durante mucho tiempo.

Sin embargo, el recuerdo de la piadosa reliquia no desapareció entre los españoles. Al empezar el siglo ix, ocupando el trono de España el rey Alfonso en Casto, y siendo obispo de Iria Flavia Teodomiro, según afirma una tradición constante, sobre la cripta que cubría la reliquias de Santiago y de sus dos discípulos apareció una estrella espléndida, como fijada en el cielo, la cual indicó con su brillo el lugar donde descansaban las sagradas cenizas. Feliz el obispo Teodomiro con tal augurio, dió gracias á Dios, de quien procedía; hizo remover y apartar las ruinas de la antigua capilla, y á fuerza de investigaciones consiguió descubrir los tres cuerpos de los Santos, que yacían en ataúdes separados, como en una sepultura de familia. Entonces, á fin de que aquel sitio santificado por la Religión estuviese bien guardado, hizo construir en torno suyo una muralla circular y rodeó el sacro tesoro con sólidas construcciones subterráneas.

Cuando la noticia llegó á oídos del rey Alfonso,



al punto fué á venerar el santo sepulcro del Apóstol, y cuidó de reedificar desde sus cimientos la antigua capilla con una forma nueva, y dispuso que una extensión de tres millas de terreno se dedicase perpétuamente á la edificación de una iglesia. Además la ciudad próxima á la cripta, que se había llamado hasta entonces Iria Flavia en recuerdo de la aparición de la brillante estrella y con mejores auspicios, tomó el nombre de Compostela.

Pero además de aquel signo de los cielos numerosos milagros ilustraron la tumba del Apóstol, tanto que no sólo de las poblaciones vecinas sino de las tierras más apartadas fueron los pueblos á orar cerca de los sagrados restos. También el rey Alfonso III, imitando el ejemplo de su predecesor, emprendió la construcción de una iglesia más vasta, de manera que sólo quedase intacto el antiguo emplazamiento, y después de haberla edificado con mucha prisa, la acabó y adornó con lujo real.

A fines del siglo x, los ejércitos bárbaros de los árabes, habiendo hecho una nueva invasión en España, tomaron varias plazas, hicieron una verdadera carnicería del pueblo, llevando á todas partes el exterminio.

El nefasto emir Almanzor, que sabía la gran veneración que los fieles tenían al sepulcro de Santiago, tenía de antemano la intención de robarlo y demolerlo; si hubiese podido conseguirlo, deseaba á todo trance apoderarse de esta salvaguardia suprema de España, que era fuente de toda esperanza. Con este designio ordenó á los jefes de sus huestes ir directamente á Compostela, entrar en la ciudad y prender fuego á la iglesia y á todas las cosas sagradas.

Pero Dios extinguió el incendio que había ya empezado y propagado á los umbrales mismos del santuario, castigó á Almanzor y sus tropas con la horrible epidemia, cuyos horribles tormentos les obligaron á alejarse de Compostela cuando casi todos, incluso Almanzor mismo, habían muerto repentinamente.

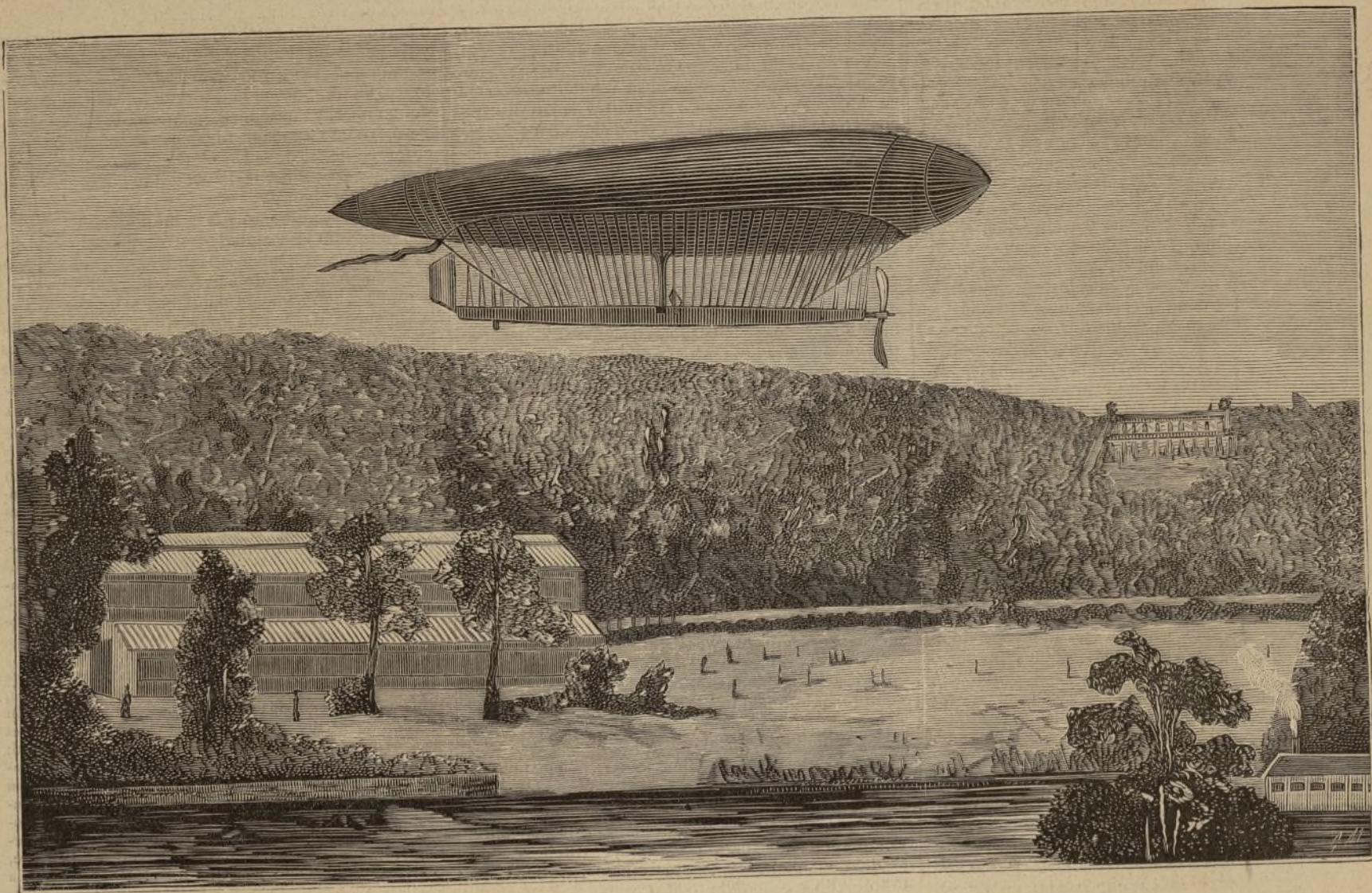
Quedaban aún alrededor de la cripta las cenizas esparcidas, para atestiguar el recuerdo de la barbarie enemiga y de la protección divina.

Cuando España se vió libre de esas desdichas, el obispo de Compostela, Didacio Peláez, levantó sobre los cimientos del antiguo templo otro más vasto, que embelleció su sucesor Didacio Gelmírez,

adornándole espléndidamente, y dándole mayor majestad con el nombre y privilegio de basílica.

El principal cuidado de este Obispo fué reconocer las sagradas reliquias que le habían transmitido y construir un muro que hiciese inaccesible el santuario. Mientras se llevaban á cabo estos trabajos, no tuvo inconveniente en regalar una partícula de estos huesos, con una carta, al obispo Attón Pistor. La observación ha probado que esta partícula ósea se arrancó de la cabeza; en efecto, esta parte, llamada apófisis mastoides, y teñida aún de sangre, es la en que descargaron el golpe de la espada cuando le cortaron la cabeza.

Estas reliquias se veneran aún en la Iglesia Pistoriense con gran fervor por la nombradía de prodigios y la religión secular de los ciudadanos. Además, la celebridad del santuario español se extendía á todas partes. Innumerables cohortes de peregrinos llegaban de todos los puntos de la tierra, y la muchedumbre era tal que se la podía comparar con la de las grandes peregrinaciones á los Santos Lugares de la Palestina y á los sepulcros de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Por eso los Sumos Pontífices nuestros predecesores reservaron siempre á la



EL GLOBO DE LOS CAPITANES FRANCESES RENARD Y KRELS.

Santa Sede la dispensa del voto hecho de ir en peregrinación á Santiago.

Antes del siglo xvi, una tempestad atroz y vergonzosa se extendió casi por toda España, y el sepulcro del Santo Apóstol estuvo más expuesto á un peligro particular que al peligro común.

En efecto, habiendo estallado la guerra entre España é Inglaterra, los herejes que se habían separado de la fe católica resolvieron saquear y destruir los templos católicos y violar todas las iglesias. Por eso instalaron todas sus fuerzas en Galicia, país próximo al mar, despojaron los edificios sagrados, quemaron con furor herético las imágenes de los Santos, las reliquias y objetos más venerados, y en fin, para concluir con lo que ellos llamaban una superstición perniciosa, se dirigieron á Santiago.

En este tiempo el piadoso arzobispo Juan, del título de San Clemente, gobernaba la Iglesia de Compostela, quien después de haber conferenciado con el Cabildo sobre los medios de poner en lugar seguro las santas reliquias, asumió particularmente el cuidado de guardar los despojos de Santiago.

Pero, al aproximarse los enemigos, fueron clandestinamente guardados por él los tres cuerpos en

un *opus tumultuarium*, cuidando de que la nueva tumba fuera construida con restos de la antigua, hecha al estilo romano, á fin de que en la posteridad pudiera servir de testimonio de su identidad. Cuando se retiraron los ejércitos y pasaron los peligros de la guerra, los habitantes de Compostela y los peregrinos que frecuentemente visitaban aquellos lugares tenían por cierto que las sagradas cenizas estaban aún en el mismo lugar en que habían reposado primitivamente.

De la misma opinión fueron las generaciones sucesivas; de modo que hasta nuestros días han creído los fieles cristianos que los sagradas reliquias se conservaban en el ábside del templo, por lo cual iban allí á adorarlas, y el clero de la basílica á recitar su oración cotidiana, terminada con el canto de la antífona.

Desde que nuestro Venerable Hermano el cardenal Payá y Rico, Arzobispo actual de Compostela, emprendió la restauración de la basílica, tomó la resolución, formada hacia tiempo en su espíritu, de descubrir el lugar donde se guardaban las reliquias de Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Por lo cual designó para ese trabajo tan impor-

tante hombres expertos, constituidos en dignidad eclesiástica, que dirigieron los obreros. Pero los hechos burlaron las esperanzas generales. Se exploró toda la cripta y todos los subterráneos que existen á su alrededor, y no se encontró nada. Por fin el clero y el pueblo redoblaron sus esfuerzos en la oración, y en el centro del ábside, detrás del altar mayor y delante de otro altar interior, se cavó el pavimento, y á la profundidad de dos codos los obreros vieron un cofre sobre cuya cubierta estaba grabada una cruz.

El cofre estaba hecho de piedra y de madera cogidos en la antigua cripta y en el antiguo sepulcro. Se levantó la cubierta y se encontraron huesos pertenecientes á tres esqueletos del sexo masculino. Nuestro Venerable Hermano, el cardenal arzobispo de Compostela, siguiendo las prescripciones del Santo Concilio de Trento, con el consejo de hombres doctos, piadosos y peritos habilísimos, formó las piezas de un proceso y preguntó si era evidente que las reliquias descubiertas constituían la identidad de los cuerpos de Santiago el Mayor, Apóstol, y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Sometiendo todo á las reglas de la disciplina eclesiástica y



con juicio esclarecido respondió afirmativamente y aprobó. En seguida nuestro Venerable Hermano el arzobispo de Compostela enviónos todos los autos y su sentencia, y nos suplicó confirmáramos ésta por el juicio supremo de nuestra autoridad apostólica.

Acogiendo Nós con alegría intensa las súplicas que se nos hacían, teniendo por muy cierto que el sepulcro de Santiago el Mayor en justicia estaba colocado en el rango de los santuarios más celebres venerados en el universo por los cristianos, y frecuentado por los peregrinos que van allí á cumplir sus votos; sabiendo también que dicho sepulcro estaba adornado y engrandecido con privilegios y honores por las constituciones de nuestros predecesores Pascual II, Calixto II, Eugenio III, Anastasio IV y Alejandro III, Nós hemos querido emplear para tan grande acontecimiento la diligencia que la Santa Sede acostumbra desplegar siempre.

También hemos encargado á algunos Cardenales de la Congregación puestos á la custodia de los sagrados Ritos, el prefecto Domingo Bartolini, Rafael Monaco La Valleta, Ladislao Ledochovsky, Luis Serafini, Lucido Maria Parocchi, Angelo Bianchi y Tomás Zigliara, asimismo como los Prelados consultores de la Sagrada Congregación nuestros queridos hijos D. Vicente Nussi, protonotario apostólico, Lorenzo Salvati, secretario, Agustín Caprara, cuestor de los honores de los Santos, al mismo tiempo que Luis Lauri, asesor, y Nós les hemos confiado el examen del asunto. En reunión tenida en nuestro Palacio del Vaticano el 20 de Marzo del corriente año, después de una discusión rigurosa, se votó y respondió *dilata et ad mentem*. Nuestro consejo fué que algunas consideraciones de grande importancia fuesen examinadas con mucho reposo.

A fin de apresurar la solución encargamos á nuestro querido hijo D. Agustín Caprara, promovedor de la Sagrada Fe, que fuese á Compostela, que todo lo examinase, que llevase á cabo una información y redactase un dictamen. Este, después de haber oído á los testigos bajo la fe de juramento, pesó algunas contradicciones que parecían hallarse en el dictamen; examinados los dictámenes de hombres de Madrid y de Compostela expertos en Arqueología y Anatomía; inspeccionados los restos del antiguo sepulcro y comparados con los que se hallaban en el cofre que contenía las sagradas reliquias; después de haber visitado el lugar en que habían sido halladas bajo el ábside; en fin, después de haber interrogado á físicos expertos sobre todas las partes de los sagrados huesos, regresó á Roma y redactó un dictamen detallado para cumplir con los deberes de su cargo.

La misma reunión se celebró de nuevo en el Vaticano el 19 de Julio de este año; la oscuridad de las discusiones quedó disipada y la luz de la verdad apareció más clara sobre la duda propuesta: «La sentencia dada por el cardenal arzobispo de Compostela sobre la identidad de las reliquias que han sido halladas bajo el ábside de la capilla mayor en la basílica metropolitana, atribuyéndolas á Santiago el Mayor, Apóstol, y á sus discípulos Anastasio y Teodoro, ¿debe ser confirmada de hecho y para el efecto de que se trata?» Nuestros queridos hijos los Cardenales y los Prelados consultores, después de haber considerado que todo lo que se les proponía era de tal modo verdadero y estaba de tal modo probado que no podía ser contradicho; que por consecuencia la certeza era tan completa como la exigen los Sagrados Cánones y las Constituciones sobre estas materias de los Soberanos Pontífices, nuestros predecesores, contestaron: *Affirmative, seu sententiam esse confirmandam*.

Cuando nuestro querido hijo el cardenal Domingo Bartolini, prefecto de la Congregación de Ritos, nos comunicó este dictamen, nuestro gozo fué vivo, y tributamos rendidas gracias de todo nuestro corazón al buenísimo y santísimo Dios, que ha querido que su Iglesia, en medio de la iniquidad de los tiempos presentes, quede enriquecida con este nuevo tesoro. Así hemos confirmado y ratificado de buena gana en todo la indicada sentencia de la Congregación de Ritos. Además mandamos que el 25 de Julio, consagrado á Santiago, nuestro decreto de confirmación fuese publicado en la iglesia española dedicada en Roma á Nuestra Señora de Montserrat, después de la lectura del Evangelio, en presencia de nuestro querido hijo el cardenal Bartolini, prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos, de nuestros queridos hijos D. Lorenzo Salvati, secretario, D. Agustín Caprara, promovedor de los honores tributados á los Santos, y también Luis Lauri, asesor, y Juan Ponzi, para levantar el acta.

Ahora, lo que queda establecido por el decreto indicado, emanado de nuestra autoridad apostólica, queremos confirmarlo por un nuevo acto de ratificación, siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores Benedicto XIII, Pío VII y Pío IX, que han emitido

juicio de identidad acerca de los cuerpos de los Santos Agustín, Pontífice y Doctor, Francisco de Asís, Ambrosio, Pontífice y Doctor, Gervasio y Protasio, mártires. Nós también, dirimida toda duda y puesto término á toda discusión, Nós aprobamos y confirmamos de ciencia cierta y *motu proprio* la sentencia de nuestro venerable hermano el cardenal arzobispo de Compostela sobre la identidad de los santos cuerpos del bienaventurado Santiago el Mayor, Apóstol, y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro, y decretamos que será perpetuamente válida y sólida.

Además, queremos y ordenamos que no sea permitido á nadie separar, llevarse ó trasladar las sagradas reliquias, que han sido colocadas de nuevo en su antiguo receptáculo y consignadas bajo sellos, ni aun sus partículas, y esto bajo pena de excomunión *latae sententiae*, cuya absolución reservamos á Nós y á nuestros sucesores.

Así, ordenamos y mandamos á todos, y á cada uno de nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y otros Prelados de la Iglesia, que publiquen solemnemente las presentes Letras cada uno en sus provincias, diócesis y ciudades, en la forma que juzguen mejor, á fin de que este feliz suceso sea conocido en todas partes, y todos los cristianos lo celebren con un aumento de fervor, y emprendan peregrinaciones á este santo sepulcro, según costumbre de nuestros antepasados.

Y á fin de implorar con más eficacia para la Santa Iglesia de Dios y para toda la república cristiana la protección de Santiago Apóstol y de sus discípulos, concedemos á todos los cristianos de los dos sexos que con una penitencia sincera, en un día designado por los Ordinarios de cada lugar, se confiesen y comulguen en las iglesias consagradas á Santiago Apóstol, y en su defecto en un templo designado por los Ordinarios, é imploren la intercesión de Santiago para las graves necesidades de la Iglesia y su exaltación, para la extirpación de las herejías y de las sectas perversas, y dirijan á este efecto piadosas preces al Señor, indulgencia plenaria y la remisión de todos sus pecados, con aplicación posible, por vía de sufragio, á las almas del Purgatorio, y le concedemos liberalmente en el Señor á tenor de las presentes.

Y porque la nobilísima nación española, por la obra maravillosa de Santiago, ha conservado intacta é inviolable la fe católica, á fin de que Dios misericordioso quiera darle la gracia por la cual en medio de este diluvio de errores confirmará por la intercesión y la mediación de su Patrón cerca de Dios la santidad de la religión de sus antepasados y el fervor de su piedad, le concedemos el amplio privilegio que ya le otorgó nuestro predecesor Alejandro III; es decir, la facultad de ganar jubileo el año en que la fiesta de Santiago del 25 de Julio caiga en domingo, y esto mismo en el año que viene, en que se celebrará el día mismo consagrado á Santiago la fiesta solemne de la invención y de la elevación de su cuerpo con el método y con los privilegios contenidos en la Constitución de este Soberano Pontífice de 25 de Julio de 1589.

Estas Letras y su contenido en ningún tiempo podrán ser atacadas de vicio, ya de subrepción y de obrepción, ó de nulidad, ó de invalidación, ó de intención ó de ninguna otra falta, sino que siempre y á perpetuidad serán eficaces, y surtirán y obtendrán sus plenos y enteros efectos, y todos, de todo grado y orden, de toda preeminencia y dignidad, se adherirán á ellas, mandando que la translación é impresión de las presentes, estando suscritas por nuestro Notario público y con el sello de una persona constituida en dignidad eclesiástica, tengan la misma autenticidad que las presentes mismas si se las exhibe y muestra.

Que no sea permitido á nadie romper y contradecir con audacia temeraria esta página, adornada de nuestra aprobación, con ratificación, reserva, concesión, demora y voluntad. Si alguno incurriese en este atentado se expondrá á la indignación del Todopoderoso y de los bienaventurados Pedro y Pablo, sus Apóstoles.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el año de 1884 de la Encarnación del Señor, en las calendas de Noviembre, año séptimo de nuestro pontificado. = C. CARDENAL SACCONI, *Prodatorio*. = F. CARDENAL CHIGI. = Visto: Por la Curia, I. de los Vizcondes DE AGUILA, (L. + S.) = I. CUGNONIS.

## LA UNIVERSIDAD

(Conclusión.)



LA de la libertad la enseñanza universitaria, la Iglesia la fomentó al calor de sus doctrinas de vida eterna. Los Papas autorizaron las primeras Universidades y eri-

gieron las restantes hasta el siglo XVI: los eclesiásticos las dieron sus rentas y privilegios, sus maestros más insignes y sus estudiantes más famosos, el nombre (*clérigos*) y traje de sus afiliados <sup>1</sup>.

Mas no era obstáculo á la libertad de enseñanza la autoridad de la Iglesia. Al contrario, la favorecía; tanto porque le dió aquella suma, aquella perfectísima libertad que, según San Agustín, es el *posse non beccare*, cuanto porque esta autoridad es legítima y, al revés de la del Estado, del mismo orden espiritual que el entendimiento, al que se impone y del que se hace obedecer por los mismos medios que la naturaleza tiene señalado. La Iglesia, al fin, no es más que un magisterio; sus armas son la enseñanza; su fuerza estriba toda en la asistencia del Espíritu Santo y en la eficacia con que la verdad necesita á nuestro entendimiento. No es, pues, ninguna autoridad laica y ciega que la pueda tiranizar, sino la legítima que la enseñanza tiene sobre la enseñanza misma <sup>2</sup>.

Pero la Iglesia no sublimó solamente esa libertad preciosa que dió margen al nacimiento de las Universidades, sino que hasta les imprimió muchos de sus sagrados caracteres, señaladamente su cosmopolitismo. Católica la Iglesia, hizo católica á la ciencia dándole su misma lengua rica, armoniosa y precisa; hizo la católica porque no excluyó de su participación á ningún pueblo; católica, porque igualó de derecho y de hecho en el aprender y enseñar al hombre y á la mujer, al pobre y al rico, al libre y al esclavo; católica, en fin, porque le dió determinado el destino del hombre, y consiguientemente el de toda ciencia. Pero, ¿cómo exponer todas estas condiciones del cosmopolitismo de la Universidad sin ofender la sabiduría de este escogido auditorio? Expondremos brevemente algunas.

La Iglesia, así como fué la primera en el mundo que proclamó la fraternidad de todos los hombres en virtud de su comun origen de Dios, así dió á su doctrina el carácter de universal, que se transmitió á la profana, íntimamente unida con la eclesiástica en la Universidad. Uno de los privilegios que en todas las bulas de fundación se concede á sus estudios, es que las *licencias* <sup>3</sup> den derecho á enseñar sobre toda la haz de la tierra (*ubique terrarum*). A ningún pueblo ni sabio le había ocurrido dar á la enseñanza la

<sup>1</sup> Huber, *Die englische Universitäten*. Cassell, 1839 t. I, 19.—No hay autor, por preocupado que se halle contra el Papado, que no confiese el hecho de que los primeros promovedores de las Universidades fueron los Papas. Jansen alega á Plantl, *Gesch. der Ludwig-Maximilians-Universität in Ingolstadt, Landshut, München*, 2 tomos. München, 1872.—Hatz, *Gesch. der Universität Heidelberg*; Mannheim, 1862.—Meiners, quien afirma, sin embargo, como hemos dicho, que estas corporaciones se formaron fuera de la Iglesia, *Gesch. der hohen Schulen*, 2 y 8.—Finalmente, Raumer, 10.

<sup>2</sup> Es curioso á este propósito el procedimiento que se seguía con los herejes. Un maestro de Tours, Berengario, envidioso de la celebridad de Lanfranco, le contradijo. En la contienda se despertó su orgullo, emitió proposiciones impías y hasta negó la presencia real. Lanfranco le venció; los discípulos del vencido se pasaron á su émulo. Desacreditado así en la enseñanza, el Papa y los Concilios tomaron parte y le excomulgaron. Berengario firmó una retractación.—«Cuando Amalarico expuso proposiciones peligrosas, se vió contradicho por todos los católicos de la Universidad (de París) y obligado á acudir al Soberano Pontífice, quien, considerada su proposición y la contradicción de la Universidad, se pronunció contra él. A su vuelta á París, fué obligado por la Universidad á confesar de boca lo contrario de su primera opinión.» (Rigord, *Gesta Phil. Ang.*) Anselmo se opuso en Laón á los errores de Abelardo antes de ser éste condenado en el concilio de Soissons. Pero, además de esto, la Iglesia en la enseñanza ni imponía métodos uniformes, ni objetos de instrucción, ni grados que no se pudiesen subir sino con dinero, ni fiscalizaba, ni exigía pruebas á los profesores, ni impuestos arbitrarios á los estudiantes, trabas á la caridad, tarifas al pensamiento. Al contrario, la libertad de enseñanza era tal que los judíos mismos la gozaban completa, y tenían en Francia una Academia en Narbona, en Béziers, en Montpellier, en Lunel, en Beaucaire y en Arlés; París mismo poseía una Academia judía. (Bartoloni, *Biblioth. magna Rabbinica*.) Por lo demás, acusar á la Iglesia de ambiciosa como si hubiera constituido durante la Edad Media un patrimonio de la enseñanza (Mr. Troplong), vale tanto como acusarla de que cristianizó á los pueblos bárbaros, los enseñó las artes de la civilización, conservó los tesoros de la antigüedad clásica, desterró las guerras privadas y libró á la Europa de la barbarie musulmana. ¿Hay ó puede haber mayor alabanza de una institución que la ambición de enseñar de que se acusa á la Iglesia? (Cf. Riancey, *Instr. públ.*)

<sup>3</sup> Véase la bula de Pío II para la erección de la universidad de Ingolstadt. En el concilio de Letrán del año 1179 se hace mención por vez primera de la *licencia*. (Conc. Later., c. 17.) Se prohibía al Maestrescuela que llevase precio por ella, impusiese contribuciones sobre los que enseñan, é impidiese la enseñanza á los hombres capaces bajo gravísimas penas.—Alejandro III (Decretal, t. V) manda: *ut quicumque viri idonei et litterati voluerint regere studia litterarum, sine molestia et exactione qualibet regere permittantur*.



universalidad que le compete en virtud de la unidad de la razón y de la identidad de sus leyes. Aristóteles mismo hacía distintos á los griegos de los bárbaros. Tan sólo en alguno de los legisladores de primer orden, en Alejandro y César, se presentó la idea de la comunidad de naturaleza entre los hombres, que más era hija de los presentimientos del genio que precedente de doctrinas bien fundamentadas.

En este cosmopolitismo estaban calcados los ideales de la ciencia y de la vida que puso la Universidad por blanco de sus enseñanzas, tomándolos prestados de la Iglesia; préstamo feliz con el que las Universidades se levantaron á acometer un fin que los antiguos no presintieron siquiera, y los modernos no han osado proseguir después, desalentados ante su grandeza.

Existen dos órdenes en la ciencia, decía la Universidad antigua: uno natural, accesible á las luces de la razón; el otro sobrenatural, de las cosas que conocemos por revelación. De la misma manera que en el individuo humano éstos dos órdenes se hallan íntimamente unidos y penetran toda su vida, así también la ciencia debe abarcar el hombre entero, debe ser una imagen viva de la unidad viva, que es la Iglesia; debe reflejar este centro de la vida perfecta; debe, en fin, encaminarse á Dios, fuente purísima, en la cual esencialmente residen, y de la cual perennalmente fluyen los principios todos de la ciencia y de la vida. Según esto, ningún alumno de la ciencia debe presumir que se basta á sí mismo, ni esclavizar á su egoísmo los privilegios de tal; antes, así como ninguna ciencia puede ser considerada fin de sí misma, ni siendo sierva de la verdad sacrificar en las propias aras las verdades á que las demás sirven, así el hombre de una ciencia debe considerar que tiene en su mano una rueda que se concierta en la sublime armonía que predica por todas partes el fin del hombre y la gloria de su Criador<sup>1</sup>. Compararon las cuatro ramas del saber, Teología, Filosofía, Derecho y Medicina, con los cuatro ríos del Paraíso, «que no tenían otro fin que esparcir la plenitud y la fecundidad y todo género de bendición sobre la haz de la tierra para alegría y bienandanza de todas las generaciones, y para loor y gloria del Supremo Hacedor<sup>2</sup>». ¡Cuán hermosamente expuso este grandioso fin de las Universidades Pío II en la bula de fundación de la universidad de Ingolstadt<sup>3</sup>! «Entre los muchos bienes que al hombre es dado alcanzar por la liberalidad de Dios bondadoso en esta vida caduca y perecedera, no es el menor ciertamente el poder, á fuerza de asiduidad y de estudio, lograr la margarita preciosa del saber, por cuya virtud se le abre el camino de la honestidad y felicidad de la vida, se aventaja el sabio al ignorante y se acerca al Criador, se introduce en los arcanos del mundo, y los que nacieron en humilde cuna se levantan hasta tocar en las estrellas». Por esta causa, continúa el Papa, la Santa Sede ha promovido siempre las ciencias y deseado su difusión y propagación; pues acontece «que mientras la división de las otras cosas disminuye y amengua la cantidad, las ciencias, al contrario, cuanto más se reparten y consumen, tanto más se promueve su aumento; y tanto más se acrecientan, cuanto mayor es el número de los admitidos á su participación». Y supuesto que «nuestro amado hijo Luis... considerando que la Majestad divina es venerada y adorada dignamente por las personas que consagran sus sudores al estudio de las Letras, que la verdad de la fe ortodoxa se aclara, se consigue el lustre de las virtudes y de las costumbres, y crece la prosperidad de la humana condición» nos pide... etc... venimos, etc. En las mismas ideas nutridos los Príncipes, expláñanlas en sus cartas de privilegios<sup>4</sup>. No se cernían, pues, las Universidades en la región vana de lo ideal, sino que, descendiendo á la realidad de la vida, pretendían un fin enteramente práctico, como se manifiesta principalmente en su plan de estudios.

<sup>1</sup> Sólo en este sentido admitía la Universidad antigua la subordinación de las ciencias á la Teología; en el mismo en que hay que admitir la subordinación de los fines humanos, no en el que le achacan muchos modernos.

<sup>2</sup> Kink, *Gesch. der kaiserl. Universität zu Wien* 1125-130, cit. por Janss. *Gesch. des deutschen Volkes*, t. I, p. 74.

<sup>3</sup> Mederer, *Annales Ingolstadtensis Academiae* 4, 16, cit. por Raumer, *Universitäten*, Apéndice I.

<sup>4</sup> Federico Barbarroja, al privilegiar la universidad de Bolonia en la dieta de Roncaglia el año 1158, dice: «Porque si reputamos por decente que todos los que obran el bien merezcan toda nuestra alabanza y toda nuestra protección, con particularísimo amor nos proponemos amparar contra todo entuerto á aquellos por cuya sabiduría el mundo es iluminado, y nuestros súbditos enseñados á que obedezcan á Dios y á Nós, su siervo...» (Cód. 4, 13 cit. por Raumer, 4).—Rodolfo IV de Austria, en el diploma de fundación de la universidad de Viena en 1365, declara «que, habiéndole Dios constituido en rector de vastos países, le debe gratitud y á sus pueblos todo bien...». De aquí que se sienta movido á

A la Iglesia fué también adonde acudió aquella enseñanza para revestir el carácter de gratuita y despojarse del mercenario que hasta entonces había recibido. La enseñanza, trabajo liberal por naturaleza como trabajo del espíritu, no se compone fácilmente con el salario, estipendio, sueldo ni remuneración que se da á cambio de servicios prestados. La enseñanza es el alimento del alma, es la religión, la moral, la perfección del hombre, un bien de nuestra naturaleza espiritual; es, en fin, una especie de generación de los conocimientos del discípulo por el maestro, y no se aviene con otro móvil que con el desinteresado y puro de la abnegación y del desprendimiento. Ni hay proporción, cualquiera que sea la cantidad que se estipule, entre una cosa espiritual y otra material. Lo contrario, señores, es vender la religión, traficar con la moral, condenar á la ignorancia al pobre, vincular en los ricos los conocimientos humanos<sup>1</sup>. Mas como el espíritu viva en el cuerpo y del cuerpo se valga por la enseñanza, y como, por otra parte, el tiempo que se gasta en la disciplina no pueda utilizarse para ningún otro trabajo que proporcione la sustentación de la vida y la reparación de las fuerzas, ningún pueblo de la antigüedad pudo hacer de la enseñanza sino una mercancía, ni ningún pueblo de la Edad moderna que excluya á la Iglesia de la instrucción pública. Esta purificación la obtiene únicamente la virtud de la caridad, virtud divina, pródiga de lo suyo, avara del bien ajeno, virtud ilustre que no se da sino en el seno de la religión fundada por Jesucristo. El cual, habiendo venido al mundo á enseñar, no solamente no llevó estipendio por su doctrina, sino que puso su vida en holocausto de la enseñanza. Pues bien; la Universidad antigua tenía también esta preeminencia: todos sus dispendios pesaban sobre fundaciones piadosas, donaciones, beneficios eclesiásticos, diezmos, es decir, sobre la virtud de la caridad.

Y es muy de notar que en estos establecimientos, no sólo se cultivaba la inteligencia, sino que se formaba también la voluntad. Consideraba al hombre la Universidad antigua, no como en ser meramente inteligente, antes como un ser que, por inteligente, es religioso, es ciudadano, es hombre acompañado de todas las debilidades y grandezas del hombre. En consonancia con las doctrinas de los Santos Padres, desenvolvía y practicaba una teoría de educación sapientísima. Llevada de la máxima del Maestro divino: «sed perfectos como vuestro Padre de los cielos es perfecto», puso á Dios mismo por prototipo de la educación. Después dedujo del gran dogma del pecado original la necesidad moral de la educación, y estableció como uno de sus elementos esenciales el *ascetismo*; y uniéndolo la Pedagogía con la Psicología, puso en juego todos los pliegues del corazón humano que tan maravillosamente desarrozados encontraba en las *Confesiones* de San Agustín; que no hay cosa que más se oponga al estudio y al progreso científico que las malas pasiones. «Y porque en la Universidad, se dice en los Estatutos de la de Salamanca, no sólo es razón que se aprendan las letras, sino también virtud y buenas costumbres y composición», se prohíben los vestidos de seda, el lujo en las casas, libras de color en los criados, tener caballos, coches, carrozas, llevar armas, jugar á la pelota en las calles, frecuentar los teatros, tomar dinero fiado, etcétera<sup>2</sup>. No menos edificantes son los Estatutos de la universidad de Viena<sup>3</sup>. Allí se dice que el pecado oscurece la razón, no dejándola distinguir la verdad; que si en este estado de pecado puede aún hacer algo el hombre en el terreno de las ciencias, éstas vienen á servirle de armas de crueldad é injusticia, no de auxiliares de la virtud; que en donde hay escuelas debe reinar la más rigurosa disciplina;

establecer en las tierras á él sometidas instituciones en las que se predique la gracia del Supremo Hacedor, se difunda la fe verdadera, los sencillos sean adoctrinados, la justicia de los tribunales conservada, la razón humana iluminada, la cosa pública promovida y los corazones de los hombres predispuestos para recibir las ilustraciones del Espíritu Santo. Que si las tinieblas de la ignorancia se disiparan y los errores se desterraran, podrían los hombres, vueltos á la sabiduría, que no toma asiento jamás en las malas almas, sacar á luz sus tesoros antiguos y modernos y llenar el mundo de alegres y sazonados frutos. (Ibid.)—«Fuentes de vida llama Alberto de Austria en la carta-privilegio de la universidad de Friburgo (Janss, t. I, 74), de donde fluyen perennemente las aguas vivificantes de saludable sabiduría que apagan el ardor mortífero de la sinrazón y de la ceguera humana».

<sup>1</sup> Lamennais, *Du droit du Gouvernement dans l'éducation*, 1817.

<sup>2</sup> Estatutos reformados en 1625, tít. 64. La prohibición de estos vicios demuestran lo morigeradas que se hallaban las costumbres de esta Universidad en una época en que las Universidades extranjeras, y singularmente las protestantes, se hallaban invadidas de la mayor inmoralidad. (Véase más adelante.)

<sup>3</sup> Schlökenrieder, 121—Kink, 2, 75, cit. por Raumer, 26.

que la Santa Iglesia nada útil puede esperar de los estudios cuando éstos más corrompen al hombre que le ilustran; pues la perdición de una sola alma es un mal tan grande que no puede ser compensado por la enseñanza científica de otras innumerables; que cuánto más vale que los jóvenes permanezcan en casa ignorantes, pero inocentes y castos, que no que visiten las escuelas en donde se corrompen por los pecados<sup>1</sup>.

No bastaba, sin embargo, al espíritu cristiano y esencialmente pedagógico de la Universidad antigua establecer penas saludables en los Estatutos, imponiendo un freno á las malas costumbres y promover, la piedad y la religión, sino que prevenía el vicio. Al efecto constituyéronse los *colegios* y las *bolsas*, ó *bachillerías de pupilos* como se llamaban en esta universidad de Salamanca. De aquel espíritu cristiano nació la idea de muchos hombres generosos de consagrar su vida y su fortuna á procurar que los estudiantes hicieran vida moral y se preservasen de la seducción. Ahora eran los Príncipes los que venían en el pensamiento de fundar colegios, en donde podían gran número de estudiantes, pertenecientes á la nobleza ó á la clase de los ciudadanos y vasallos, hacer sus estudios al amparo de una clausura saludable y fuera de los peligros á que suele exponer al joven el disfrute de una libertad y autonomía prematuras; ahora era el extranjero que, al volver á su patria, se movía á compasión de los como él atraídos por la fama de los estudios y maestros, sin más intento que el desinteresado y puro de disipar las tinieblas de su inteligencia; ahora, en fin, era el fundador el pobre y desvalido que olvidó su necesidad, y considerando como el primer bien de su naturaleza el aprender, se procuró los medios de dedicarse al estudio poniéndose al servicio de otros estudiantes, robando el tiempo al sueño y á las diversiones honestas, ó quizá mendigando de puerta en puerta su sustento, y por entre esta fatiga, por entre el hambre, la vigilia y la desnudez, por sólo su mérito y la virtud de su saber, llegó á los primeros puestos de la Iglesia ó de la magistratura<sup>2</sup>. Mas para aquellos que preferían vivir por sus propios medios y propia cuenta no faltó tampoco la virtud de la caridad, inspirando la fundación de las *bolsas* ó *bachillerías de pupilos*, en donde, bajo un *Rector bursae* ó bachiller de pupilos, vivían cierto número de estudiantes sujetos á una rigurosa disciplina<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En la segunda parte de los Estatutos de esta Universidad se trata de la siguiente manera de las costumbres de los teólogos: Dicen que, siendo la Teología la regla de las costumbres, es menester que los estudiantes de Teología aventajen en virtudes á todos los demás; que «para contemplar los sublimes objetos de la Teología es necesario que la vista del espíritu se encuentre purificada de pecados, diciendo la Teología que sólo los limpios de corazón verán á Dios, etc. Por lo cual... una vida religiosa ha de ser en los estudiantes la expresión de su ciencia sagrada. Deben, pues, abandonar los hábitos innobles, deben ser graves y modestos en sus hablas, estar vestidos con decencia, ser religiosos, castos, continentales, pacíficos, evitar las malas compañías, los lugares sospechosos, los teatros, etc.» (Ibid., 19.) Acerca de la Facultad *juris canonici et civilis*, prescriben que al comenzar el curso se tenga una misa solemne y se observen escrupulosamente los domingos y fiestas de guardar. El título segundo trata de las costumbres de los bachilleres y estudiantes, las cuales, en resumen, deben ser tales que en palabras, obras y vestido no desdigan de la ciencia de las costumbres que estudian. (Ibid.)—La universidad de Salamanca tenía ocho capellanes, de los cuales cuatro decían misas á horas fijas, uno media hora antes de la lección de Prima, otro á la hora de la lección de Decreto, el tercero dada la hora de la última lección, y el cuarto después de acabada la última lección, aplicadas por el acrecentamiento de la Universidad y por los que leen en ella y en ella aprenden. (Tít. 52.) También se mandaba á los estudiantes asistir á las misas de las fiestas de la Universidad.

<sup>2</sup> No fué otro el origen de la Sorbona. A la época de la reforma protestante se contaban en el cuartel latino en París más de treinta Colegios, cuya fundación era más antigua que el año 1320. Antes de la Revolución existían en Francia 562. Lo cual no impide decir á Mr. Didón (*Los Alemanes y Francia*, trad. esp., p. 90) que los Jesuitas fueron los que imaginaron el célebre sistema del internado. (Cf. Rianzy, t. I, p. 296.)—Los Colegios de la universidad de Salamanca fueron los siguientes: Colegios mayores, el Viejo, Cuenca, Oviedo y Arzobispo; y cuatro de las Ordenes militares de San Juan, el Rey, Calatrava y Alcántara.—Colegios menores, 21: La Vega, Oviedo Viejo, Once mil vírgenes, Monte Olivete, Santo Tomás Cantuariense, Trilingüe, San Millán, San Pedro y San Pablo, Cañizares, Magdalena, Los Verdes, Huérfanos, San Adrián, Angeles, Doctrinos, Irlandeses, Nuestra Señora de la Concepción, Santa Catalina, Purísima, San Ildefonso.—Además habría que contar dos Seminarios y ocho Colegios de Órdenes religiosos. (Vidal, *Historia de la universidad de Salamanca*, 289.)

<sup>3</sup> En Salamanca éstos bachilleres tenían que sufrir un examen de *moribus et vita et sufficientia*, y prestar juramento de haberse fielmente con sus pupilos en las cosas tocantes á las costumbres y á la enseñanza. Cada año, con atención de los tiempos, se hacía la tasa del pupillaje por el Maestrescuela. Estaban obligados estos bachilleres, entre otras cosas, á



Si á esto se añade, por último, la solicitud con que el Senado de la Universidad procuraba hacer que los preceptos de los Estatutos no fuesen letra muerta, el celo y el rigor con que las autoridades eclesiásticas empleaban las armas espirituales contra los contraventores á la disciplina escolar <sup>1</sup>, se comprenderá cómo era posible en aquel tiempo que atravesaran los hombres estos patios sin perder la inocencia de sus costumbres, hombres que como Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura, Juan de Rivera, se hicieron insignes no menos por la excelencia de su doctrina que por su vida angelical.

Nada parecido, pues, imaginó el espíritu humano á la Universidad. Ni la escuela de Pitágoras, ni las de Atenas <sup>2</sup>, ni las academias y liceos de los Tolomeos y de los Emperadores romanos <sup>3</sup>, pueden ostentar su vida, la universalidad de su enseñanza, su transcendencia práctica, ni aquella noble libertad de pensamiento que la informaba. Los establecimientos mismos que por entonces tenían los árabes en Bagdad, Alepo, Damasco, Samarcanda y Córdoba, con todos los tesoros científicos acumulados en la conquista del mundo, no pueden sostener el paralelo con la vida científica de la Universidad <sup>4</sup>. Carecían los pueblos paganos de ideas claras y elevadas acerca de Dios y acerca de la vida del hombre. De aquí fué que ni pudieron remontarse á la idea de la unidad de las ciencias, ni se cuidaron de la educación de la parte moral del hombre. Constituidos despóticamente todos sus reinos y oligarquías, ni fueron entendidas las ideas acerca de la libertad de los pueblos, ni menos se procuró el desarrollo armónico de sus facultades. Los ricos por el lujo y la disolución, los pobres por la tiranía y la miseria, todos vivían abrumados bajo el peso de la vida. Por otra parte, convertida la religión en grosera idolatría, veces hubo que se complacía en sacrificios humanos, y en especial en sacrificios de niños; lo cual, con la costumbre bárbara de exponer á los infantes y de traficar con ellos en los mercados de esclavos, ofrece una prueba tristísima de la falta absoluta de ideas acerca de la educación y de sus efectos. En los Estados más libres no se perseguía en la educación otro fin que el del patriotismo: se perdía de vista al hombre, y sólo se tenía presente al ciudadano. No estando proclamado el gran principio de la unidad del género humano, ni por consiguiente el de la igualdad de los hombres, quedaban excluidos del derecho de educación liberal la mayor parte de aquellos individuos que no eran de los dominadores, es decir, en

hablar latín con los pupilos, tener correspondencia con los padres ó tutores, informándolos de la vida y estudios de sus hijos ó pupilos, cerrar la puerta con llave á las seis de la tarde desde San Lucas hasta Marzo, y á las nueve de la noche desde Marzo á San Lucas, dar cuenta al Maestrescuela de la vida de sus pupilos, vigilar sus estudios, no consentirles juegos de naipes, cuidar de que amasen y temiesen á Dios, se confesasen, etc. (*Estatuto*, t. 64.)

<sup>1</sup> Una bula del Papa del año 1276, lanza la pena de excomunión contra los estudiantes que celebraban las fiestas con festines, bebidas y bailes públicos.

<sup>2</sup> Sabido es que en Atenas las escuelas de los grandes filósofos se conservaron hasta Justiniano. La *Academia* se sostenía con los bienes que le dejó Platón, y producían 1.000 piezas de oro anuales. Epicuro dejó á sus discípulos con el fin de la enseñanza su jardín. Adriano fundó una biblioteca. Antonino señaló á cada maestro de Poética, Elocuencia y Filosofía, en sus cuatro escuelas, platónica, peripatética, estoica y epicúrea, 10.000 dracmas cada año. (Cf. Weiss, t. II, p. 441.)

<sup>3</sup> En Roma, durante la república, no hubo instrucción oficial: *Principio disciplinam puerilem ingenuis... nullam certam aut destinatam legibus, aut publice expositam, aut unam omnium esse voluerunt.* (Cic., *De Republ.*, IV, 3.) Las escuelas privadas del Forum para las primeras letras; los ejemplos, discursos, vida práctica, política é instrucción de la casa para la instrucción superior (durante los ocho primeros siglos de su historia no se sabe que tuviera escuelas especiales de Derecho), eran los únicos medios de aprender de la juventud romana. Algunas familias patricias mandaron á sus hijos á Etruria (como después los mandaron á Grecia) á estudiar las ceremonias augurales. Desde la conquista de la Magna Grecia dábale la enseñanza generalmente por los esclavos griegos, pues los romanos creían su dignidad rebajada si ejercían el oficio de maestro. (Plut. *Quaest. Rom.*) Suetonio (*de Illustr. Gramm.*) no cita un solo dramático ciudadano romano. Además un senatus-consultus del año de 593 prohibió enseñar en Roma la Filosofía y la Retórica (Suet., *De claris Reth.*, I.—Guell. XV, 2), á las cuales con la Gramática estuvo hasta el imperio de Constantinopla reducida la instrucción superior de los romanos. Hasta los Emperadores no se comenzó á proteger á los maestros: César concedió la ciudadanía á los profesores de artes liberales (Suet., *Jul. Caes.*, 42). Vespasiano asignó del tesoro imperial á los profesores 100.000 sextercios de salarios (Suet., *Vesp.*, 18.—Dio. Cass.); este ejemplo fué imitado por otros Emperadores, siempre con fines políticos, y excluyendo á los pobres de los beneficios de la enseñanza. (Cf. Naudent, *op. cit.*)

<sup>4</sup> Sobre la instrucción pública de los árabes en la Edad Media, Cf. Weiss, *op. cit.*, t. II, p. 1109; t. III, p. 197, y sigs. 299, 980-81.

Atenas 400.000 hombres entre 20.000 ciudadanos. El único que en la antigüedad logró remontarse á una idea algo acertada acerca de la instrucción, fué Pitágoras, de ser verdaderas las noticias que nos vienen de autores que vivieron algunos siglos después. Pero ¡cuán imperfecta instrucción era la de los pitagóricos! Sin embargo, este sistema de enseñanza que Pitágoras aprendió quizá en las escuelas de los profetas de Palestina ó en los colegios sacerdotales de Egipto, era ya tan superior al genio pagano que el pueblo le persiguió, y según la tradición quemó la casa que le daba albergue <sup>1</sup>.

Al contrario la Universidad. Hija de la libertad de la Iglesia, creció con una lozanía y una frescura incomparables, enriqueciendo los tesoros de cultura humana, vivificándolos, fertilizándolos, instruyendo y educando la juventud y promoviendo el bien de los pueblos. Tomando prestadas á la Iglesia las ideas acerca del origen y fin del hombre y del pecado original, se trazó un designio vasto y práctico, y lo desarrolló con tal perfección que se hizo el centro y como la fuente de la cultura y la más fuerte palanca de su crecimiento en el porvenir <sup>2</sup>. Hija de la Iglesia, mostróla tal fidelidad y devoción que su madre, agradecida, la hizo como la dispensadora de los bienes de la casa, y la dió autoridad en sus mismas doctrinas, pues hasta los Papas la consultaban. Sólo cuando la violencia la arrebató sus constituciones de corporación libre pudo ser arrastrada á la heterodoxia, y para apostatar de la fe fué necesario hacerla esclava, degradándola al rango de mero establecimiento del Estado <sup>3</sup>. Hija de la libertad, nada tuvo que ver con éste sino para recibir favores y privilegios de sus Reyes y Príncipes <sup>4</sup>. Jamás conoció otros límites que los de la enseñanza, sin que por eso sirviera de obstáculo á los fines sociales; al contrario, los favorecía. Aunque la Universidad antigua no alegase otro título que el de haber sabido adunar la enseñanza pública con la enseñanza libre, merecería ser admirada entre las más grandes instituciones de la historia. Unión en que fué tan afortunada que con razón ha sido llamada por antonomasia la fiadora y fideicomisaria de la libertad; pues no reconociéndose en ella otra dominación y señorío que el del espíritu, ni otra nobleza que la del genio, no solamente luchó contra una sociedad hija de la violencia y de la conquista, sino que, andando los siglos, logró hacer penetrar aquellas grandes ideas en la sociedad misma. Su carácter internacional, la igualdad de derechos entre maestros y discípulos, la concurrencia entre los maestros, métodos y escuelas, comunicaban á aquel centro una superabundancia de vida moral, una juventud y energía de doctrina que no se han conocido iguales en el mundo. Por último, el carácter de establecimientos de educación que iba anejo al de instrucción, hacía que no fuesen perdidos, ó quizá perjudiciales, para la vida individual y social sus estudios. Sometidos los espíritus á un ejercicio violento en aquella palestra, salían de ella, no solamente con grandes ideas en la cabeza, sino con grandes alientos en el corazón para realizarlos. Nada pasaba desapercibido de lo que pudiera excitar al estudio, promover las ciencias, disipar las tinieblas de la ignorancia, aventar el error. Cuando el amor puro de la ciencia no bastaba para vencer la pereza ingénita del hombre, pues este amor se da en pocos y tarde en la vida, se ponían en juego los estímulos más poderosos, y se sometían las doctrinas á la contradicción en aquellos hornos de las disputaciones, ante cuya llama no había oro que no se aquitallase, ni falso brillo que no se disipase, y lo que es más, carácter que no se templase y no se engrandeciera.

Vosotros, los que desdeñáis la antigüedad media, y para rebajar el mérito de su Universidad habéis repetido en tantos tonos: «era la enseñanza de los *ergos* y de los *distingos*», decidme, no con la sonrisa de las preocupaciones, antes con la seriedad de una convicción firme y racional, si no era grande y fecunda la Universidad por la libertad y fuerza del espíritu cristiano, mientras yo me atrevo á contraponerle la idea de la enseñanza que aparece en los establecimientos hijos del monopolio del Estado.

<sup>1</sup> Cf. Dittes, *Gesch. der Erziehung u. des Unterrichts*, h. I.

<sup>2</sup> Janss, *l. c.*, 76.

<sup>3</sup> «Las Universidades lograron un gran florecimiento mientras se conservó la unidad de la Iglesia y de la fe, y en la época del cisma y herejía luteranas: todas, excepto Wittenberg y Erfurt, permanecieron fieles al lado de la Iglesia.» (Janss, p. 76, sieb. Aufl.) Es de advertir que la universidad de Wittenberg fué la primera á la que se otorgó, por un Emperador (Maximiliano I), la facultad de enseñar, aunque después, habiendo nacido escrúpulos acerca de la validez de las ciencias, el legado del Papa se la concedió retrotrayendo la concesión al momento de su fundación. (Raumer, 9-10.)

<sup>4</sup> La bula del Papa bastaba para la fundación y existencia legal en la cristiandad de las Universidades. (Raumer, *l. c.*)

## RUÍNAS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE ÁVILA

**H**e visitado muchas ruínas de monumentos artísticos é históricos que me han inspirado sentimientos diversos por su estado, su naturaleza, los recuerdos que guardan sus viejos paredones, el paraje en que las encontraba, el rayo de luz que las daba colorido, y por último, el entusiasmo ardiente de mis años juveniles. Pero entre tantos castillos, iglesias, monasterios, palacios y torres como he visto derribados por la mano de los siglos ó por los estragos de las guerras de los hombres, nada me ha producido hasta hoy la dolorosa impresión, la vergüenza y el disgusto que me han causado las ruínas del monasterio de San Francisco de Ávila.

Existen muchas ruínas, cuyos restos cubiertos de hiedra, cuyos capiteles, dovelas y archivoltas esparcidos entre los matorrales, cuyas columnas y pilares medio derruidos, valen más, son más interesantes y nos hacen sentir el arte y la belleza más que el monumento entero, cuando tales piedras sostenían la techumbre y cobijaba á los moradores del edificio.

Las ruínas de Nínive, de Persépolis y de Menfis, las de la antigua Grecia y las de Roma pagana, se pueden contemplar diciendo: «Vuestros días fueron cumplidos. Vivisteis cuando vuestros sacerdotes, vuestra religión y vuestro pueblo os necesitaban; pero al caer de sus pedestales los dioses que adorabais, al desaparecer para siempre los coros de las sacerdotisas, el fuego sacro de los altares y las aras de los sacrificios, ya no hacéis falta en este mundo, y el que viene á visitaros no echa de menos lo que ha desaparecido y se ha derrumbado de vuestros muros, pilares y techumbres; antes bien os encuentra así más elocuentes.»

Pero las ruínas del convento y de la iglesia de San Francisco de Ávila pertenecen á un monumento que hallándose joven y en la plenitud de la vida, cuando sus bóvedas y pilares, sus ventanas ojivales y el coro de los frailes pudieran y debieran seguir oyendo por muchos años las armonías del órgano y ser embalsamados por el aroma del incienso, se ve cómo lucha, resiste y defiende contra los enemigos terribles que han decretado su muerte, y que, implacables y feroces, la hieren todos los días para que exhale sus últimos alientos y no quede de él piedra sobre piedra. Y sin embargo, esta grandiosa y monumental iglesia, del siglo xv al xvi, es hermana de Santo Tomás de Ávila y de San Juan de los Reyes de Toledo.

Hace algunos años pasó este monumento á manos de un comprador de bienes nacionales, que pagó por él y su gran huerta cercada lo que valían la mitad de sus tejas, 5.000 pesetas.

El comprador sólo tenía interés por la huerta, y de buena voluntad habría cedido la iglesia y el convento, á quien lo hubiese querido, por mil ó dos mil reales.

No habiendo quien lo tomara determinó convertirlo en *cantera*, y, según me han informado las gentes de la tierra, empezaron á demoler el convento para sacar materiales de construcción. Poco á poco se fueron llevando tejas, ladrillos, maderas, rejas, puertas y ventanas, hasta que nada quedó, dejando únicamente los muros de hormigón, que son muy duros, los sillares que están por debajo de estos paredones, y algunos arcos de sillería que hasta hoy no han hecho falta en ninguna obra por ser demasiado grandes y algo costoso el desmontarlos.

La iglesia ha perdido toda su cubierta de aguas, y las bóvedas, que reciben hoy la lluvia y la nieve, están recaladas y pidiendo á gritos que las defiendan contra la intemperie.

Alguna, no pudiendo resistir más, se ha hundido ya, y sus dovelas forman un montón de escombros que recubre los altares de las capillas á que pertenecían. Dentro de pocos años sus hermanas seguirán su ejemplo, y algún tiempo después sólo quedará de esta magnífica iglesia algún trozo de pilar ó de muro, algún arranque de arístón y muchas dovelas y capiteles esparcidos entre los matorrales, sirviendo de guarida á los reptiles.

Verdaderamente, apena y aflige la contemplación de aquello, y es sin duda vergonzoso, para un pueblo que pretende vivir en medio de la Europa civilizada, tener en tanto abandono iglesia semejante. Si un extranjero amante de la arquitectura y del arte monumental me hubiera acompañado en mi visita á las ruínas de San Francisco, y asombrado de ver cómo en España se dejan perder obras de tanto mérito me hubiese mirado, no habría podido resistir sus miradas; que con sólo mirar, sin despegar los labios, me habría dicho bastante para que yo sufriera la humillación de hallarme con él en semejante lugar. Pero afortunadamente no eran extran-



jeros los que me acompañaron, y si dos jóvenes, hijos de Ávila, que lloraron conmigo sobre las ruínas de San Francisco, dándome algunas noticias desoladoras, que mi pluma se resiste á consignar en este artículo, aunque daré una muestra de ellas con la siguiente.

La iglesia á que aludo, además de sus bellezas y de su grandiosidad como templo, tenía de importante el ser un museo histórico de panteones, sepulcros y lápidas que cubrían los enterramientos de muchos hombres célebres. La mayor parte de estas lápidas, esculpidas con escudos y góticas inscripciones, las más interesantes para la historia de la patria, han desaparecido. Cuando un cantero del país necesita una losa para cubrir una sepultura del cementerio, ó para servir de portal de una casa ó cubierta de una tarjea, viene á buscarla á San Francisco, y labrando un poco, sin gran trabajo, hace desaparecer el escudo y letreros que estorban para su nuevo asiento, y cobra sus tres ó cuatro duros por una piedra que le sale muy barata. De este modo se vieron desaparecer, entre otras muchas, las lápidas que cubrían las sepulturas de los padres de Santa Teresa de Jesús, y ya no se sabe dónde se encierran sus cuerpos.

En unas tapias del cercado de una huerta vecina he visto empleadas unas mil ó dos mil piedras colocadas en seco, las cuales me decía un arqueólogo de Ávila que le parecían procedentes de alguna crestería árabe ó almenas escalonadas, y yo pude reconocer que no eran otra cosa que dovelas de arcos del convento de San Francisco, asentadas de modo que su lecho de junta ofrece en el paramento del muro la sección transversal del arco á que pertenecieran estas piedras. En la misma tapia se ven muchos trozos de columnas, capiteles y basas que traen el mismo origen.

Otra noticia para concluir.

El dueño de la iglesia, sin duda por evitarse las molestias de que venían unos y otros pidiéndole permiso para visitar las ruínas ó para extraer algunas piedras de la iglesia, me han dicho que la ofreció *de balde* á la Diputación provincial de Ávila para si quería utilizarla como hospicio, instituto, hospital ó museo. La Diputación no aceptó el regalo, y dijo que no le convenía por falta de medios y recursos para atender á las obras de reedificación.

¡Desgraciado monumento!

¡Ni de balde hay quien quiera ser dueño de tus bóvedas y pilares venerandos, muy más bellos que todo, absolutamente todo, cuanto se edifica en los tiempos en que vivimos!

J. M. BANDO.

Ávila, 21 de Septiembre de 1884.

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



SE trata de precisar tus informes — dijo el coronel. — ¿Dónde está acampada esa banda?

— En este momento está en marcha; cuando llegue la noche se instalará en el bosque de Kolk.

— Muy bien; ¿y de dónde viene?

— De Kory, pueblo del señor Estanislao Wajtowicz, cuya casa y haciendas son un verdadero nido de rebeldes... Coronel, si pensáis que mis informes merecen una recompensa, la única que os pido es que ahorquéis á ese pícaro.

— ¿Tenéis contra él algún motivo de venganza particular?

— ¡Oh si tengo! — suspiró el gitano. — No teníamos más que una hermana, y mi madre, que es ésta, la amaba como la niña de sus ojos. El señor Wajtowicz la decidió, á fuerza de promesas y regalos, á que la dejara ir á su casa para servir á su mujer. Pero en cuanto estuvo allí Zelda, se arrepintió la pobre-cita. Quería volver con nosotros, correr por la llanura y por los bosques.

El señor dijo que la había pagado para que le sirviera, y que nadie dejara escapar á su esclava. Mi madre fué á reclamar á su hija, se la echó de allí á palos.

Mi hermano y yo quisimos sacarla á la fuerza; se nos sorprendió y se nos azotó...

Un día, sin embargo, mucho tiempo después, mi pobre hermana se escapó y se vino con nosotros. Pero estaba enferma y no tardó en morir, porque había estado largo tiempo prisionera, pues una gitana no puede vivir sin libertad y sin sol.

Mi madre nos ha hecho jurar el vengarla sobre su

asesino, y el cuchillo hubiera servido muy bien; pero me parece aún mejor la cuerda. Coronel, enviad tropas á Kory: veréis si os engañó.

— Bien, veremos — dijo el padre de Alejandra. —

¿Sabéis, sobre poco más ó menos, cuáles son las fuerzas de esa partida?

— Son tropas considerables; tal vez lleguen á dos mil hombres.

— ¿Y armados?

— Armados, esto según. Hay algunos centenares de cazadores, con verdaderas carabinas de guerra; muchos rosnyers, y después, detrás muchos reza-gados con pistolas, hachas y algunos malos fusiles.

— ¿Sabéis el nombre del que manda esta tropa?

Aquí se calló el gitano un momento, dió vuelta entre sus manos á su gorra de lana, se rascó la cabeza y dijo en fin, tomando un aire de decisión:

— Sobre esto, coronel, será preciso que nos entendamos. Por todo lo que os he dicho hasta ahora no os he pedido nada, sino el placer de ver ahorcar á Wajtowicz. Pero el nombre del jefe es tan importante que no quisiera descubrirlo por una miseria. ¿Qué me daréis si, gracias á nosotros, podéis echar la mano á un importante personaje?

— ¿Es que yo sé el valor de tu personaje? Veamos, ¿quieres veinticinco rublos?

— Coronel, mi hombre vale más.

— ¿Cincuenta?

— No es aún bastante, porque este tunante es un valiente.

— Veamos, ciento; es lo último que te ofrezco.

— Madre, ¿qué decis? — dijo el gitano volviéndose hacia su compañera.

— ¿Ciento?... Está bien, podemos tomarlos.

— Coronel, ese jefe es Mlotek — dijo la anciana adelantándose.

— ¡Mlotek! — exclamó el coronel con alegre sorpresa.

— ¿Mlotek? — repitió el capitán Ignatiew con una entonación singular.

Alejandra nada decía, y estaba siempre casi invisible en la oscuridad.

— ¿Es verdaderamente Mlotek? — repitió el coronel. — ¿Estáis seguros, madre, lo conocéis bien?... ¿Sabéis que es difícil el sorprender á ese pícaro, porque tiene muy buenas cuerdas para los espías?

— No le temo ni á él ni á sus cuerdas — replicó la gitana levantando la cabeza — y lo he visto bastante para conocerlo perfectamente. Es un hombre buen mozo, que tiene un aire orgulloso, los cabellos negros y ancho de hombros; que con un revés de sable corta la cabeza á un hombre como una cabeza de cebolla; y que salta, sin pararlo, sobre un caballo á galope. Es patriota hasta el frenesí, valiente como si no existiese la muerte, y en lugar de águila, lo que brilla encima de su estandarte es una guadaña... Con esto sabréis sin duda que Mlotek no es su verdadero nombre, es su apodo de guerra.

— No lo sabía en verdad; — dijo el coronel bajando la voz y haciendo que se acercara la gitana — cincuenta rublos más, buena mujer, si puedes revelármelo.

— Se llama Witold Turno — respondió la anciana madre.

Un ligero grito, reprimido en seguida, se oyó en la oscuridad de la sala, y Alejandra, de pie, pálida, con los ojos muy abiertos, dió un paso hacia el coronel.

— ¡Ah! Es muy curioso — replicó en seguida dando una gran carcajada. — ¡Witold Turno! Mi antiguo caballero... Figuraos, padre mío, que he encontrado á ese joven en el baile de Alina. Hemos bailado juntos, ¡y ahora está haciendo el general en los alrededores! Tengo curiosidad de saber si la guerra le sienta tan bien como el baile y si no ha olvidado la mazurka. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué ocupación tan extraña para un valsador tan alegre!

Y la joven terminó su frase riéndose, pero con una risa menos franca y menos fresca que la que tenía siempre.

En este momento, por casualidad, los ojos de Alejandra se encontraron con los del capitán Ignatiew, que también él se había acercado á la gitana, y ella notó, á pesar de su turbación, que él había palidecido ligeramente.

— Estoy desesperado de hacer bailar á tu acompañante, hija mía — dijo el coronel con una ligera sonrisa. — Pero desde que se trata de Mlotek, no hay que chancearse... Solamente, mujer, dígame usted cómo ha podido tener informes tan exactos.

— Como la señorita acaba de decirlo, me he encontrado en un baile en el que he oído nombrar á ese joven, y últimamente lo he reconocido perfectamente en su campamento. Muchas veces mis hijos y yo, vestidos como los hombres del campo de estos países, vamos á los campamentos á vender á los soldados ropas ó provisiones, ó á llevarles cartas de sus familias... Algunas veces también, cuando voy allí con mi vestido de gitana, muchos soldados se

escapan para venir á consultarme. ¡Están tan impacientes por saber el porvenir! Yo les predigo gloria, charreteras, para empujarlos con más seguridad en el camino que conduce al cadalso.

Se calló la gitana, y el coronel quedó un momento silencioso. La voz del capitán Ignatiew lo sacó de su meditación.

— Coronel — dijo este último — hé aquí el resumen del interrogatorio; ved vos mismo si está exacto. Pero permitidme una observación... ¿No sería bueno el saber donde viven estas gentes, para encontrarlos fácilmente si hubiera que confiarles alguna misión?

— Tenéis razón, Ignatiew. — ¿Dónde se os encontrará?

— A dos leguas de Nowawies, á la orilla del Narew; cerca de un gran bosque de sauces, allí hay una antigua cabaña de pescadores; la ocupamos en este momento y estaremos allí aún algunas semanas.

— ¿Algunas semanas?... Está bien — repitió Ignatiew con una expresión singular.

Alejandra, que expiaba la menor entonación, el menor gesto de los actores de esta escena, fijó los ojos en el joven oficial. Sus miradas se encontraron inciertas, turbadas, equívocas en los dos.

— Está bien — dijo el coronel. — Iwan, lleva este billete á mi mayordomo, y que les dé la cantidad prometida. Id — dijo á los gitanos despidiéndolos. — Y vos, Ignatiew, ¿qué es lo que decis de estas noticias?

— Son en extremo importantes — respondió el joven oficial, — y os aconsejo que os aprovechéis de ellas atacando al instante.

— ¿En este instante? ¿Pensáis en ello, joven aturdido? ¿No os han dicho que los insurrectos no llegarán á los límites del bosque hasta mañana por la mañana lo más pronto? Entonces es cuando se les debe atacar en la confusión de la llegada... Seríais un buen oficial, Ignatiew, pero vuestro patriotismo os arrebató. Vamos, venid á tomar el té, ya que mi hija os ha convidado.

El joven oficial se inclinó sonriéndose.

Media hora más tarde el coronel, su hijo y su huésped estaban reunidos alrededor de la mesa del té, del cual hacía los honores Alejandra. La joven se había quitado su vestido de amazona, y parecía que se había despojado al mismo tiempo de su audacia, de su fiero continente y de su espíritu de contradicción. Aérea y encantadora con su fresco vestido de muselina rosa, prodigaba á los convidados los tesoros de su infinita gracia, de su delicado ingenio y de su más amable humor. Para el coronel tenía zalamerías infantiles, lindas fruslerías, que hacían saltar de gozo el corazón del viejo soldado; colmaba á Pablo de mil atenciones que no las tenía de costumbre, y dirigía á Ignatiew palabras graciosas, sonrisas que no le costaba trabajo encantarle con ellas.

Esta velada de familia era, pues, apacible y dulce. Se olvidaba fácilmente que la guerra podía interrumpirla, que había soldados en las puertas y cañones en las murallas.

(Se continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Cultivo y aplicaciones del azafrán.* — El azafrán es una planta de origen oriental é importada por los árabes en Europa, de cuyas montañas meridionales procede, según algunos. Crece espontáneamente en el Norte de Africa y en el Asia, y su cultivo está muy extendido en la India, en el Asia Menor, en Sicilia, en España, en Francia y aun en Inglaterra.

Con el nombre de azafrán se conocen dos especies de plantas distintas, que son: el azafrán de primavera, *crocus verum*, y el de otoño, *crocus sativus*, que son considerados por Linneo y otros botánicos como variedades de una misma especie. El *crocus sativus*, ó azafrán de otoño, es el más cultivado, y por consiguiente el que tiene más importancia bajo el punto de vista de la agricultura, porque las demás especies, que son muchas las que se conocen, no sirven más que para recrear la vista en los jardines por las hermosas flores que producen.

El azafrán de otoño tiene los siguientes caracteres: raíz bulbosa de poco volumen y que produce bulbillos sobrepuestos en sentido vertical; hojas que salen del bulbo ó cebolla, y que son angostas, largas, cilíndricas y en forma de espada; flor viva, con perianto de color lila en la garganta, y formada por un limbo que contiene tres divisiones interiores pequeñas, y otras tres más grandes exteriores. De la garganta del perianto salen tres estambres de filamento delgado y antera asentada, y un pistilo formado de un ovario adherente que se oculta en tierra, de tres ángulos obtusos, de un largo estilo filiforme, y de tres estigmas gruesos, encarnados, más



ó menos arrollados, en forma de cornezuelo y afetonados; el fruto se produce de la flor, que se convierte en una pequeña cápsula de tres lados y de las tres celdillas polispermas.

El azafrán necesita para su cultivo mucho cuidado; el terreno más á propósito es el arenisco arcilloso sin humedad; las labores que se le dan para la preparación del terreno suelen ser tres de arado: la primera en Diciembre, la segunda en Abril, y la tercera antes de la siembra, por los meses de Junio, Julio ó Agosto. En algunas partes le dan cuatro labores; pero, por lo general, no se dan á los azafraneros más que las tres labores de preparación que hemos indicado. Respecto á abonar la tierra, hay diversas opiniones; unos creen que debe abonarse dos veces con estiércol podrido, casi mantillo, y otros creen que el abono perjudica al azafrán. Esto, creemos, debe subordinarse á las condiciones del clima y al grado de humedad del suelo.

Antes de la siembra se tablonea y limpia perfectamente el terreno, y en seguida se abren unos surcos de ocho á diez dedos de hondura, y distantes un pie unos de otros. En estos surcos se plantan las cebollas, que son las que sirven para la reproducción del azafrán, cubriéndolas en seguida con una capa de tierra de seis ú ocho dedos de espesor. Los surcos se abren con el azadón, y para más economía con el arado.

Muchos suelen plantar las cebollas de azafrán con todas sus túnicas; pero otros más cuidadosos las limpian de las túnicas ó capas que están secas y que se llaman en la Mancha *bolizos*, procurando al tiempo de plantar el hacer una escrupulosa separación de las cebollas que no son gruesas, pesadas y redondas, desechando las que no reúnen estas condiciones.

Después de descascara-das ó *desbolizadas* las cebollas, y de separar de ellas los hijuelos con cuidado para que no se lastimen los pitonzuelos, se plantan en los surcos abiertos con el brote hacia arriba, la cual se llama *plantar de rosario*, si bien algunos, con mal éxito casi siempre, las colocan pareadas, que se llama *plantar junto*.

La distancia que han de guardar las cebollas unas de otras es de unas cuatro pulgadas, dependiendo, sin embargo, la cantidad de cebollas empleadas de la mayor ó menor feracidad del suelo, y calculándose generalmente que, término medio, se necesitan 25 cebollas por cada fanega de tierra de 400 estadales.

La rosa ó flor del azafrán que brota en el mes de Octubre hace aparecer todos los campos como alfombrados al amanecer del día, y hay que tener cuidado de recoger la flor todas las mañanas hasta las nueve, hora en que comienza á hacer demasiado calor, volviendo á la misma operación á la caída de la tarde.

Las flores se producen durante quince ó veinte días, saliendo con más fuerza durante los ocho primeros días. La recolección se hace con muchachos y muchachas, empleándose en esta faena, en algunas partes, los chicos de los establecimientos de beneficencia. Los muchachos y muchachas llevan unos cestitos para recoger la flor, y colocan los pies entre línea y línea, dejando entre ellos lo que van recolectando; y después de cogidas las flores, quebrándolas por debajo del cáliz, las depositan en los

cestos, las llevan á casa para echarlas en lienzo ó tableros, sobre los cuales se secan.

Después de secar la flor como dejamos indicado, se *mondan* ó *espinzan* lo más pronto posible, operación que se hace también con chicos, y que consiste en cortar el palillo cerca de la corola y sacar los tres estigmas de la flor, tirando al efecto de uno de ellos y arrojando al suelo el resto de la flor.

Despizado y oreado el azafrán, se tuestan los estigmas, lo cual se hace suspendiéndolos en unos cedacillos de crin sobre un fuego muy suave, en cantidad de diez onzas en cada cedacillo, procurando remover el azafrán para que no se queme.

La disminución que resulta de la desecación es de los cuatro quintos, y la producción total puede calcularse en unas veinte libras por fanega de tierra y año.

La planta del azafrán dura en tierra, dando dos cosechas, de tres á cuatro años, y después hay que dejarla á la tierra de descanso unos siete ú ocho

son los peores falsificadores, añaden al azafrán arena, carbonato de plomo y otras sustancias pulverulentas, lo cual se conoce, poniendo el azafrán en infusión, por el poso que dejará si tiene alguna de dichas sustancias.

Los usos domésticos del azafrán son muy conocidos, sirviendo para la condimentación de los alimentos y para dar color á las pastas para sopas, á los licores, á los dulces, etc., etc.

En la tintorería tiene también aplicación para obtener el color amarillo; pero da un tinte de poca estabilidad, por lo cual se le viene sustituyendo con la flor de gardenia.

En medicina se aplica como un excelente emenagogo para favorecer el flujo menstrual; se emplea como antiespasmódico; provoca la risa, calma la hipocondría, y se suministra en los histéricos y el asma. Empleado exteriormente, es un buen resolutivo; se pone en cataplasmas para resolver los tumores indolentes y las equimosis, y se conceptúa provechosa su tintura, aplicada en forma de fricción á la boca del estómago, para los que padecen de mal de corazón.

La dosis del azafrán en polvo ó en infusión, es de 12 á 48 gramos. El extracto se da de 4 á 12 gramos; la tintura se prescribe de 20 á 30 gotas, y el jarabe se administra de 2 dracmas á media onza. El excesivo uso del azafrán en los alimentos puede ser muy perjudicial, por más que haya países en los cuales han llegado á acostumbrarse de tal modo á él que, á pesar de tomar en los alimentos porciones exageradas, lo hacen impunemente por efecto de la costumbre. Se aplica también la cebolla del azafrán para hacer almidón.

La producción de azafrán en España se calcula en más de 100.000 kilogramos, estimándose su valor en unos ocho á diez millones de pesetas. La principal exportación de azafrán de España se hace á Francia, Alemania é Inglaterra, verificándose especialmente por el puerto de Valencia, que ha sabido sostener el crédito de esta mercancía huyendo de toda falsificación y engaño.

*Influencia de la altitud en la respiración.*—El doctor W. Manek ha presentado en la Sociedad de Física é Historia Natural de Ginebra algunos detalles de los trabajos hechos en el Righi durante el año 1883, con motivo de la influencia que ejerce la altitud en la respiración.

La cantidad absoluta de ácido carbónico espirado es, por regla general, más elevada en las alturas que en las llanuras, lo cual es debido al descenso de la temperatura y al aumento del apetito más que en un

efecto directo de la rarefacción del aire. Dicho señor ha reconocido que la relación entre el ácido carbónico formado con el aire espirado aumenta á medida que se eleva; es decir, que hay que respirar un peso de aire menos considerable en la montaña que en el valle para producir la misma cantidad de ácido carbónico. Esta es la causa de que las montañas sean beneficiosas para los enfermos del pecho.



VISTA DE JERUSALÉN DESDE LA CUMBRE DEL MONTE DE LAS OLIVAS.

años respecto al azafrán, pudiendo sembrar en ese tiempo avena, cebada ó trigo.

Muchas son las falsificaciones que se hacen con el azafrán, en primer lugar con la flor del *alazor* ó *cártamo*, lo cual dió lugar á que descendiese considerablemente la gran exportación de azafrán que de Alicante se hacía al extranjero, pues llegó á conocerse el fraude con gran descrédito para los productores alicantinos, que habían llegado casi á monopolizar los mercados de Europa. También se falsifica con las flores de la caléndula oficial. Algunos falsifican el azafrán con fibras de carne ahumada, conociéndose esta falsificación, al someter al fuego el azafrán, por el color que despiden. Otros, y estos